

PQ8549
.B49
N63
1895

EDUARDO BLANCO

LAS NOCHES DEL PANTEON

HOMENAJE AL GRAN MARISCAL DE AYACUCHO

ANTONIO JOSE DE SUCRE

EN SU PRIMER CENTENARIO



CARACAS

TIPOGRAFIA EL COJO

1895

**THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA
AT CHAPEL HILL**



**ENDOWED BY THE
DIALECTIC AND PHILANTHROPIC
SOCIETIES**

UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL




00010305216

This **BOOK** may be kept out **TWO WEEKS ONLY**, and is subject to a fine of **FIVE CENTS** a day thereafter. It is **DUE** on the **DAY** indicated below:



Jul 02 '92



Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

<http://archive.org/details/lasnochesdelpant00blan>

Microfilmed
SOLINET/ASERL PROJECT
1960-92
Venezia

EDUARDO BLANCO

LAS NOCHES DEL PANTEON

HOMENAJE AL GRAN MARISCAL DE AYACUCHO

ANTONIO JOSE DE SUCRE

EN SU PRIMER CENTENARIO

PQ 8549
.B49
N63
1895



CARACAS

TIPOGRAFIA EL COJO

1895

cl
cb



*Al señor Don Marco Antonio Saluzzo,
Director de la Academia Nacional de
la Historia, dedico estas páginas en
testimonio de merecida estimación y
de sincero afecto.*

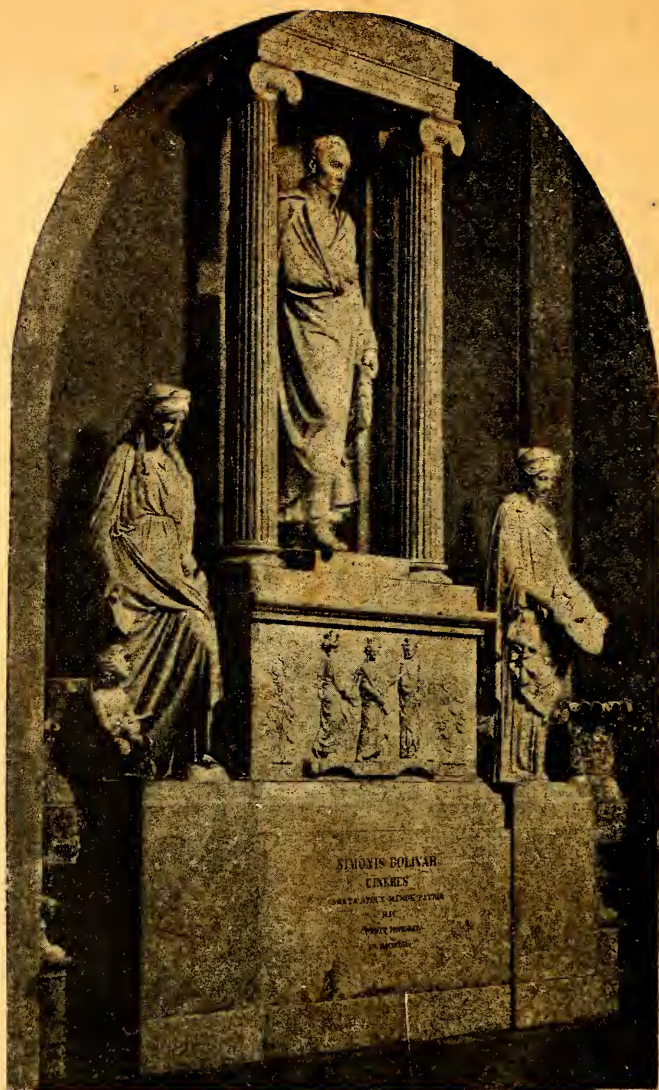
Eduardo Blanco.

Caracas: 3 de febrero de 1895.

INCL 20453







SIMÓN BOLÍVAR
CINERES

EN LA AV. Y M. DE C. 2170A
B. C.
POR EL GOBIERNO
DE VENEZUELA



LAS NOCHES DEL PANTEON

EL 9 DE DICIEMBRE

CUADRO I

EL FANTASMA

Caracas duerme.

Tras de lluviosa tarde, reina profunda oscuridad en las desiertas calles y aun mayor lobreguez bajo el arbolado de las plazas, donde la escasa luz de entristecidos reverberos no alcanza á combatirla. Espesos nubarrones cubren la luna, ennegrecen el cielo; fúnebre manto tiende la niebla sobre la muerta ciudad; y cual derruidos muros de vasto cementerio se divisan apenas los primeros contrafuertes del Avila.

247.7
127 on.

Próxima está la media noche. Prolongado silencio guarda la tierra humedecida. No se percibe en el poblado ni el tenue ruido de lejanos pasos, ni el susurrar del viento en el ramaje de los árboles, ni el chirrido agorero del buho en la vetusta torre, ni una amorosa queja, ni el más débil suspiro: todo calla, nada turba el reposo de los que fatigados de vivir sin ventura ceden al sueño, reparador de angustiosa vigilia: solemne, inalterable, es la quietud letárgica de la naturaleza.

II

Absorto en dolorosas reflexiones, en las que á par concurren á reamargar crueles pesares, las tristes remembranzas de la dicha perdida y los recuerdos de remoto pasado, errante cruzo las desiertas calles, como mi alma tristes, como mis pensamientos lúgubres; y solo conmigo mismo y con mi sombra; mi propia sombra que me precede ó sigue; que se agiganta osada hasta sobrepasar los altos muros ó se empequeñece de súbito hasta ocultarse humildemente bajo la planta de mis pies; discurro distraído, sin rumbo fijo, después de gran rodeo, entre la doble hilera de mudos edificios que ascienden hacia la plaza del Panteón.

Precisamente no sé dónde me encuentro ni de ello me doy cuenta. Sólo percibo en torno mío formas veladas é indecisas, estática inmovilidad, insondable vacío. A dónde me dirijo, no lo sé ni lo pienso: adormitados los sentidos, divaga el alma, indiferente á cuanto la rodea, por espacios nublados de profunda melancolía: la Patria !..... sus pesares ! Cuántos deberes ba-

jo la planta de tenaz infortunio! Cuánta amargura apurada en el cáliz de las mezquindades humanas, que los labios rechazan y en vano anhela el corazón hacer pedazos!

Sin causa determinante me detengo de pronto lleno de turbación; la oscuridad y el silencio se me imponen terribles cual si hasta entonces me hubiesen sido inadvertidos; y no embargante que nada ven los ojos, que nada escuchan los oídos, paréceme percibir á lo lejos lastimeros clamores, y ver surgir de entre las sombras pavorosos fantasmas.

La suprema quietud impone recogimiento y á las veces espanto: el ruido, la luz, el movimiento son tan inseparables de la vida que acaso no sea errado aventurar sean la vida misma. Con poco esfuerzo podría creermme en una selva virgen, en medio de un desierto, en un sepulcro. Como al amago de peligro desconocido é inmediato siento latir violento el corazón; intento retroceder, huir de la soledad, de las tinieblas, de mí mismo, y extraña fuerza me lo impide, impulsándome por el contrario, de modo irresistible, á penetrar de la oscuridad la mayor lobreguez. Aunque no alcanzo á distinguir la mole renegrida del Templo donde reposan las sagradas cenizas del Libertador, presiento su proximidad con invencible atracción hacia el glorioso monumento. Hacia él se dirigen mis pasos, hacia él ha volado mi alma..... Allí están los que fueron grandes por el intento, el amor á la patria, la virtud austera, el genio y la osadía; allí reposan los que de gloria y de marcial estrépito te llenaron; oh Patria! en días inolvidables para toda la América!

A medida que mis facultades se someten, sin mayor resistencia, á aceptar como lógico lo sobrenatural, corresponden las agitaciones del espíritu al misterioso tinte de aquella noche singular, que se me antoja tan callada y solemne por razón de las grandes congojas de Venezuela; y de tal suerte hace contraste la actividad fantástica de la imaginación con la prolongada parálisis de la naturaleza, que llego á figurarme estar soñando y me ocurre la duda de si realmente estaré ó no despierto.

III

Cual si llevaran alas negras, para con más holgura solazarse en las sombras, vuelan mis pensamientos y con ellos las mil visiones de la imaginación, á darle vida y forma á los quiméricos engendros de la noche, que finge la oscuridad y que mi alma evoca. Sin oponer reparo á la sugestión que me domina, sigo con lento paso la faja cenicienta de la húmeda acera hacia el Templo invisible, y cuánto alcanzan á divisar los ojos: ángulos indecisos, descabreados muros, rejas, puertas, ventanas y agonizantes reverberos, se me representan como espectros inmóviles agobiados de torpe soñolencia, mirándose con suprema tristura en las charcas de lodo del hundido empedrado, las que á su vez semejan abismos profundísimos en donde sobrenadan claridades siniestras.

Sonó la hora, pienso, en que las sombras se pueblan de fantasmas; en que *los negros ángeles de la noche se despiertan para sorprender á sus víctimas*: agítanse las invencibles alas del vam-

piro adormeciendo á la cuitada presa; y el buho se lanza de ignorado escondrijo presagiando desgracias.

Con tan extravagantes devaneos acrecen de la ofuscación las asechanzas: se me figura estar solo en el mundo, ser de la especie humana el único sobreviviente á la desaparición de la luz, á la catástrofe final del universo. Y tiemblo, y no hallo medio de evitar mi destino, y me pierdo en la oscuridad como una sombra, y vuelvo en mí con enérgico esfuerzo, y reconozco mi extravío, y me doy cuenta de la sugestión que experimento: alucinamientos del espíritu, infantiles preocupaciones; y pretendo reírme de mis vanos temores, de mi debilidad, de mi locura; y torna á dominarme la atracción misteriosa del Templo, la soledad, el aislamiento, la pesadumbre de aquella noche inolvidable, la quietud inmóvil de cuanto me rodea. Y pienso en los que viven porque duermen y en los que han dejado de existir que ya no dormirán; y me absorbe esta idea é inadvertidamente se entreabren mis labios y dejan escapar esta pregunta, trivial de suyo y excusada:

—¿Qué diferencia entre el sueño y la muerte?

El ruido que ocasiona mi propia voz me espanta: ella rompe el silencio como quejido lúgubre de lastimera resonancia; pero mayor asombro experimento cuando al expirar la última sílaba de aquella pregunta aventurada, que no podía tener respuesta sino en el fondo de mi sér, oigo otra voz desconocida, extraña, cavernosa, cual si viniera de ultra-tumba, contestarme suavemente al oído:

—Los que duermen son esclavos, los muertos son libres.

IV

Sobrecogido de pavor me vuelvo con presteza hacia el interlocutor inesperado que me ofrecen las sombras, y mis ojos tropiezan con un singular desconocido de talla gigantesca y aspecto venerable aunque sombrío, que embozado en un burdo capote y calado hasta las cejas el sombrero, me contempla con especial curiosidad.

—¿Quién sois? alcanzo á articular retrocediendo ante el extraño aparecido, que al punto me contesta :

—Una sombra.

—Una sombra! repiten trémulos mis labios.

—Sí, la de un viejo soldado. Pero no os alarméis, soy y fui inofensivo.

—Si tal es vuestra condición, ¿por qué os hacéis visible? ¿Qué me queréis? ¿Existe de común entre nosotros algo que ignoro y que no se me alcanza?

—Invadís mis dominios, me habéis interrogado y he accedido á responderos. Además, añadió con voz sorda, creo adivinar vuestros propósitos y tócame impedirlos.

—Propósitos! decís, exclamé confundido. Si no los tengo! Soy el juguete de una alucinación, de un desvarío. Vos mismo no existís.....

—Andáis desatinado.....

—No lo dudo. Pero ¿quién sois, en fin? ¿Cómo os llamáis? Debéis tener algún nombre que acaso explique vuestra presencia entre los vivos, torné á decir lleno de confusión, contemplando al singular aparecido cuyas formas cobraban de la vida toda la plenitud. Y el espectro (porque mi interlocutor en realidad era

un espectro), inclinó modestamente la elevada cabeza y en tono humilde dijo un nombre á mi oído.

—No os conozco, exclamé con profunda extrañeza.

—Bien se ve que sois joven, me dijo sin malicia ; pero á vuestros mayores no les fui como á vos desconocido ; por el contrario, pudieron apreciarme y galardonándome con su benevolencia y su justicia me concedieron plenísima confianza. Los buenos me honraron con su estimación, los malos me temieron,..... y estoy seguro que de los labios de vuestros propios padres, más de una vez mi oscuro nombre habrá llegado á vuestro oído.

—Sería posible ! exclamé exaltado de súbito por un recuerdo de la infancia.

—El mismo. Sí, señor, á qué negarlo, me contestó sonriéndose. El mismo viejo soldado cuyo nombre si amedrentaba á los chicuelos callejeros era eficaz para velar por la seguridad individual, por el reposo público.

—Pero, ¿ cómo es posible que habiendo dejado de existir ha tantos años, os encontréis de nuevo entre nosotros ?—me atreví á preguntarle, no sin algún recelo, á pesar de su manifiesta mansedumbre. Y como tardara en contestarme añadí con más resolución : ¿ Penáis acaso y en expiación de vuestras culpas os veis forzado á peregrinar entre los vivos, á padecer con nuestras desventuras y á tomar parte activa en las miserias que nos afligen ?

—Ay ! ¿ Quién no ha tenido faltas ? exclamó suspirando. No obstante, mi buen señor, las mías han sido ya purgadas ; y aunque no del todo redimido, gozo de plena libertad que em-

pleo á las veces en recorrer de noche estas desiertas calles, como guardián que soy de las afueras del Panteón.

—Encargo que bien se compadece.....

—Con mis antiguos hábitos ; ahora habéis acertado.

—Y ¿estáis contento con vuestra suerte de ultratumba ?—le pregunté de nuevo, comenzando á familiarizarme con la inofensiva compañía del espectro.

—¿ Por qué no, replicó prontamente, si estoy entre los míos ?

—Lo que quiere decir que á ningún precio cambiaríais tan honorable sociedad por volver á la vida.

—Por volver á la vida ! exclamó el espectro como espantado de mi proposición. A vivir con vosotros ? A sentir cual vosotros ? A pensar y proceder como vosotros ? Oh ! jamás, jamás ! El cambio que se ha operado en nuestra tierra ha sido radical ; los del pasado no tenemos cabida ni razón de ser en el presente. Por desgracia vuestra y de unos cuantos como vos.....desgraciados, lo que ayer no existía sino en pequeño abunda hoy hasta causar espanto.

—¿ A qué aludís ?—le dije sorprendido, por el tono y el gesto que acompañaron sus palabras. ¿Será á la profusión de luz y monumentos que ostenta la ciudad ? Presumo que ha de ser eso lo que más os sorprende.

—Entre otras cosas, no lo puedo negar, que á vosotros se os antoja verdadero progreso. Por ejemplo, añadió sonriéndose socarronamente, ya no hay necesidad de reclamar todas

las noches *la de afuera* (1) como lo hacíamos antes; y respecto á fachadas, así políticas, sociales ó de piedra, el disfraz es completo y la mascarada numerosa. Mas, no por ello debéis envaneceros: la luz de vuestros faroles sólo alumbrá las calles.....y cuántas cosas de mayor entidad no habéis dejado á oscuras! Presumiendo avanzar habéis retrocedido. Ansiosos de llegar rápidamente en el orden político-social á aquella perfección que no se obtiene sino por el desarrollo lento y progresivo de la educación, la inteligencia, los hábitos sociales y las prácticas de la moral republicana, derribásteis cuánto cimentaron vuestros padres en el decoro personal, la justicia, el derecho y los fueros del ciudadano. Y en compensación, ¿qué habéis edificado? ¿Qué obtuvísteis sino mentidas apariencias y realidades dolorosas, que de seguro os avergüenzan?

—Exageráis! le dije confundido por la manera de expresarse, quien tan sencillo y rústico había sido en la vida.

—Líbreme Dios de calumniaros—repuso prontamente; y por lo que pueda conveniros, es bueno que sepáis, que la muerte es un crisol en donde el barro cuando no es inmundo, se convierte en oro, y el oro en luz de inextinguible claridad.

—Nos tratáis con dureza.

—Merecida, sí, muy merecida. Si nó; cuánta semejanza entre vuestros antepasados y vosotros! ¿Qué lazo pretendéis que pueda á ellos uniros? ¿Qué sentimiento grande y generoso que á ellos logre acercaros? Vuestro egoísmo y su

[1] Luz que se exigía á los vecinos poner en las ventanas para suplir el alumbrado público.

desprendimiento se excluyen. Su altivez y vuestra postración se rechazan. Oh! Si tornaran á vivir no os reconocerían! E interrumpiéndose de pronto cual si escuchara en el silencio de la noche ruido de voces para su solo oído articulados, añadió saludándome:

—Adiós, señor, disimulad si os he mortificado. Próxima está la hora que ha de hacerme olvidar vuestras miserias.

—Volvéis al gran misterio.

—No, todavía. Pero antes de sonar la media noche debo hallarme á las puertas del Panteón.

—¿Esa es vuestra consigna?

—Algunas veces.

—¿Por qué no siempre? si no soy indiscreto.

—Porque no todas las noches son de fiesta.

—De fiesta! ¿Os he entendido bien?

—Perfectamente.

—Y esa fiesta, á la que concurrís, ¿en dónde se celebra?

—¿Dónde ha de ser? en el Panteón.

—¿En tan fúnebre estancia?

—Aquí en la tierra no tienen otro alojamiento.

—¿De quién habláis?

—De los que no existen ya materialmente.

—De los muertos!

—No os alarméis, se trata de inmortales.

V

A tan concluyente razonamiento nada encontré qué replicar; pero mi asombro fue tan grande como estrafalario y vehemente el deseo que

llegó á dominarme á consecuencia de aquella fiesta singular. Así, sin darme cuenta de lo que pretendiera, exclamé obedeciendo á un desatentado propósito :

—Y esta noche, ¿decís.....?

—Es la celebración de un fausto aniversario ; pero excusad, estoy de prisa, agregó mi interlocutor alejándose.

—Concededme un instante. Quiero saber de qué aniversario habláis : obra de las tinieblas, celebrado á la sombra de oscura noche por espectros terribles !

—Extraño que lo ignoréis, contestó deteniéndose.

—Todo lo ignora quien trata con fantasmas, quien no recuerda nada.....

—Bien triste es lo que decís. Creía inolvidable la fecha de Ayacucho.

—Oh! Tenéis razón!, balbucie avergonzado. Mañana es un glorioso día para toda la América.

—Mañana va á empezar ahora mismo; sólo faltan unos cuantos minutos.

—Vos, sí, que no habéis perdido la memoria.

—Para las grandes fechas, se sobreentiende, porque las otras entre nosotros no se cuentan, son arenas del mar. Nuestro reloj marca las horas, no apunta los minutos. Adiós, pasadlo bien.

—Oh! deteneos, deteneos, si no queréis que por el resto de mi vida maldiga haberos encontrado.

—Sea. ¿Qué más deseáis? díjome revolviéndose sin manifestar contrariedad.

—Dudo en aventurarme á proponéroslo.....

—Atreveos.

—Sería posible!

—Ya me esperaba esa exigencia, debida á la curiosidad.

—Os engañáis: á la admiración que imponen nuestros héroes.

—Bien puede ser.....

—No lo dudéis.

—Y ¿si no está á mi alcance complaceros?

—Un halagador presentimiento me dice lo contrario.

—Pero ¿tenéis conciencia de lo que pretendéis?

—¿Por qué dudarlo?

—Entonces no se os oculta que deseáis presenciar lo nunca visto.

—Me doy perfecta cuenta de mis aspiraciones.

—Y ¿lo deseáis de todo corazón?

—Si podéis penetrar con vuestro espíritu en lo recóndito del alma, la respuesta que me exigís está escrita en la mía.

Yo estaba delirante, fuera de mí y como enloquecido. El espectro me miró con asombro, luego pareció reconcentrarse y quedó pensativo. La expresión de su rostro se hizo menos adusta; por sus pálidos labios pasó, como un relámpago, una triste sonrisa; y sin embargo, parecía irresoluto. Pero de pronto, cuando yo menos lo esperaba, irguió la frente con cierto garbo marcial, me saludo quitándose el sombrero, y cual si obedeciera órdenes superiores que no le fuera ingrato ejecutar, exclamó con profundo convencimiento: .

—Seguidme. No sois de los que, maldiciendo la sagrada memoria de nuestros libertadores, han intentado mancillarla.

Y cubriéndose de nuevo, pasóseme delante para guiarme; y ora pisándome la sombra, ora haciéndome caminar en la penumbra de aquel su cuerpo singular, nos dirigimos lentamente hacia el invisible monumento.

VI

¡ Vuelve ! ¡ oh ! numen propicio de la Patria! torna á encender en mi alma entristecida el fuego abrasador del entusiasmo por nuestras puras glorias; arrebatame en tus robustas alas de este mísero polvo, donde se agitan con esfuerzo, encontradas miserias que avergüenzan y depravaciones que espantan. Llévame allá muy lejos de esta profunda oscuridad, de esta noche sin meteoros, sin estrellas, en la que erramos como á tientas, desesperados de no llegar al fin, para ponerle término á la constante afrenta de la vida, en pugna siempre con las malas pasiones. Oh ! llévame lejos de tanta ruin mentira, de tanto corazón emponzoñado por el odio impotente, por la crueldad no satisfecha, por el rencor y la venganza; y siquiera con los ojos de la imaginación y de la fantasía, déjame contemplar como en días ya lejanos, aquella excelsa claridad, auréola de la Patria en los gloriosos tiempos de sus heroicos sacrificios, de su fe inquebrantable, de sus nobles propósitos. Permite que torne yo á entrever, lleno de arrobamiento y como deslumbrado, la ancha vía esplendorosa que recorrieron nuestros padres, entre palmas de triunfo y gritos de victoria, desde el Avila altivo hasta las centellantes cumbres de Ayacucho. A tu amparo tornaré á narrar, para regalo de los que guardan todavía vivo en el alma el santo amor de Dios

y de la Patria, las proezas de aquellos hombres fuertes, probados en la adversidad, en el martirio, en la cruenta labor de la terrible lucha, más allá del linde de la tierra nativa, al través de pueblos y naciones en remotas comarcas, á donde llevan, victoriosa con el esfuerzo de la inteligencia y de los brazos, la idea atrevida, cual ninguna, jurada el 5 de julio de 1811 en el primer Congreso de Venezuela.

Alejaos, recuerdos dolorosos; id á perderos entre las claridades de las gratas, nobles memorias de otros días ya distantes; dejad que irradie toda su luz el astro ineclipsable de nuestras puras glorias, y al amor de tan excelsa lumbre, penetre una vez más con el corazón levantado y lleno de entusiasmo, en el campo glorioso de aquella nuestra insigne epopeya que preside Bolívar; el primero de tus hijos; oh Patria! el primero de tus héroes! oh América! El Gran Libertador de pueblos y naciones; oh humanidad!

Así exclamé exaltado por extraña pujanza, siguiendo los lentos pasos del espectro que me guiaba al Panteón.

VII

Sin cambiar una sílaba atravesamos el antiguo puente de la Trinidad: estrecha cinta blanquecina extendida entre negros abismos. Nos descubrimos con piadoso respeto frente al sitio, hoy vacío, de aquella cruz de piedra que besara de niño como lo hicieran mis mayores; y la espaciosa plaza del Panteón, semejante á una devastada necrópolis, ofrecióse á mis ojos llena de sombra y de misterio.

Violentas ráfagas de húmeda neblina la cruzaban en varias direcciones, azotando con furia el bronce airado del veterano de Nerwinden, cual las pasiones rencorosas que en otro tiempo se cebaron en la reputación del héroe mártir; pero el combate sostenido contra el inmoble monumento era tan silencioso aquella noche, que apenas se escuchaba el silbo quejumbroso lanzado por el viento al chocar y cortarse en la desnuda espada de Miranda.

Ocultada en tenebrosa oscuridad la gótica fachada de nuestro Templo consagrado á la terrena gloria, apenas se adivina por la fosforescencia de las agudas flechas, revestidas á la sazón de innúmeras luciérnagas; éstas, que no el espectro, confundido á las veces con la negrura de la noche, guiaron mis pasos hasta la gradeería del Templo, donde al punto que la suben mis pies acláranse las sombras, desaparece la neblina, cesa el viento, y al par que canta un gallo á lejana distancia, se filtran de la luna los misteriosos rayos al través de las nubes que despejan el cielo.

Mudo hasta entonces mi fantástico guía, detiéndose á dos pasos de la puerta mayor del silencioso monumento; gira con lentitud volviendo las espaldas al callado recinto; extiende al sur la diestra con animado gesto, indicándome el ángulo visible de la plaza Bolívar; recógese un instante, y luégo exclama con solemnidad:

—Antes de asistir á la apoteosis, participad del duelo, de las afrentas, del martirio de aquella generación incomparable que todo lo sacrificó por redimirnos de secular esclavitud. Presenciad por un instante como episodio del cuadro aterrador de la gran lucha, las trágicas violencias

á que sirvió de escenario sangriento esta heroica ciudad, después tan abatida.

VIII

—Trasportémonos al 19 de mayo de 1779. Contemplad aquella escena dolorosa y terrible que tenéis á la vista: el cadalso que veis allá en el propio sitio donde hoy se ostenta la estatua del Libertador, es el de España; el primer mártir por la Patria. Singular coincidencia! el verdugo y la víctima llevan el mismo nombre. A la cola de vil rocín va arrastrado al suplicio el rebelde colono. Con la vida, y ¿qué más? paga su rebeldía; pero no basta tan tremendo castigo á la feroz venganza: mirad cómo se ceban los sicarios mutilando el cadáver para esparcir sus miembros. Pobres hijos! Ya se aleja el estúpido populacho con los despojos del infeliz ajusticiado, ya no queda sino el recuerdo del mártir y la mancha del crimen.....

Sin perder uno solo de los despiadados por menores de aquella evocada ejecución, mis ojos la contemplaron con asombro, cual si realmente estuviera pasando en mi presencia.

IX

—Han trascurrido diez y ocho años, prosiguió el evocador tras breve pausa. Fijaos de nuevo en el mismo lugar del anterior suplicio. Dos son las horcas que ahora veis allí, mudas, terríficas, esperando las nobles víctimas á quienes han de estrangular. Oíd el rumor lejano de la adolorida muchedumbre; ya se acercan á la plaza los elegidos al martirio: ya aso-

man..... vedlos..... ya los tenéis. Herido recientemente uno de ellos en gloriosísimo combate, viene cargado por el presidio en infamante parihuela; el otro cristianamente resignado pero sin demostrar flaqueza, marcha al compás de destemplados tambores, rodeado de penitentes y esbirros. Son dos héroes vencidos en la horrenda matanza de la Casa-Fuerte de Barcelona. Ved cómo mueren por la Patria! El primero que da á la cuerda el desnudo cuello con marcial arrogancia, es el bravo General Pedro María Freites; el segundo que expira, es su mejor amigo: el exgobernador de Barcelona don Francisco Rivas.....

X

—Volveos ahora hacia la parte Norte del poblado, tornó á decir el espectro visiblemente conmovido, indicándome en la falda de la montaña el sitio de antaño conocido con el nombre de la Alcabala ó Puerta de Caracas, donde empieza el antiguo camino de La Guaira. ¿Veis aquel poste aislado, negro, mugriento, que sostiene una jaula de hierro enmohecida por la intemperie, columpiada por encontrados vientos que, ora le arrancan prolongados gemidos, ora rechinamientos lúgubres, y cuya sola vista hondo pavor infunde al caminante á quien se impone como atroz amenaza? Procurad descubrir, por entre los barrotes herrumbrosos, el objeto que encierra. ¿Lo veis? Una cabeza de hombre, frita en aceite, enjuta, renegrida y de expresión horripilante, á la que aves inmundas velan de noche y acometen de día con feroz aliento. Ay! Descubríos! Es la cabeza de José Félix

Ribas; del vencedor de los tiranos, como lo apellidó el Libertador. Tal cual la veis expuesta á riguroso ultraje, duró más de siete años en ese mismo sitio, comprobando la implacable venganza de los que humilló con su heroísmo el soberbio guerrero.

Prolongado silencio siguióse á la evocación de aquella cabeza pavorosa, cuyos ojos, cargados de tinieblas, me dominaron largamente hasta que plugo al evocador cambiar la escena diciéndome en voz baja :

XI

—Esta vez reconcentrad vuestra atención más cerca de nosotros. Mirad á vuestros pies esas sombras que pasan blandiendo sables y puñales ensangrentados; y aquellas otras, trémulas de pavor, inermes, abatidas, que de ablandar el corazón de sus verdugos tratan en vano con lamentos y lágrimas, no obteniendo sino insultos procaces. ¿No las reconocéis? Son las víctimas de Moxó, á quienes el malvado de Chepito González lleva á inmolar con su propia mano á Cotizita. Oíd las vociferaciones de los degolladores y las súplicas de tantos infelices arrebatados traidoramente á sus esposas, á sus madres, á sus hijos que ya no verán más. Esa ración copiosa de sangre americana fue con harta frecuencia renovada durante largos años: nuestros dominadores desconocieron la piedad. Notad cómo se extremece la estatua de Miranda: el Gran Patriota que ella simboliza, también pereció mártir..... Y si me fuera dado haceros ver más lejos, ¡cuántas atrocidades os habría de mostrar! Pero venid, venid, añadió con precipitación; llegó la hora, apresuraos si queréis presenciar otras escenas de distinta naturaleza.

XII

A fe que ya era tiempo de que cesaran tan terribles visiones; ellas habían reproducido en mi organismo idénticas torturas á las que viera padecer: el apretado lazo de la horca parecíame sentirlo en la garganta; en el rostro indefenso, el aleteo feroz de las aves inmundas; y en las propias entrañas el frío de los puñales y la muerte.

—Patria! Patria querida! merecías otra suerte después de tantos sacrificios! exclamé á toda voz, dando expansión á mis oprimidos pulmones, á mi corazón acongojado.

—Apresuraos, volvió á decir el espectro, dirigiéndose al Templo: obras son amores que no buenas palabras. Y como me viera irresoluto, añadió con marcada impaciencia:—Ahora ó nunca: van á sonar las doce. Y abrió el postigo de una de las puertas.

A mi pesar le obedecí, pero sin saber á punto fijo lo que hacía, pues tan profundo era ya mi aturdimiento, que hasta el recuerdo del propósito que me llevara al Panteón se me había oscurecido.

—Entrad y ocultaos como mejor podáis, agregó mi fúnebre *cicerone*, empujándome suavemente hacia el sombrío recinto.

—Y vos ¿no entráis? le pregunté todavía vacilante al cruzar el umbral, notando con sorpresa que se quedaba inmóvil, y apoyado en la puerta.

—No puedo, me contestó con profunda tristeza; mi puésto es aquí afuera. Y tras de mí cerró el postigo, dejándome abismado en tenebrosa oscuridad.

CUADRO II

—
EN EL TEMPLO

I

Me hallaba en el Panteón; en el mudo recinto poblado de tinieblas donde yacían bajo mis plantas veneradas cenizas y trágicas historias que no absorbió la muerte.

Sin detenerme á recapacitar en lo fantástico de aquella insólita aventura, quedé perplejo y como atónito al encontrarme solo entre los muros del lóbrego edificio. Era á mi alrededor todo tan negro, tan compacto, tan profundamente impenetrable y silencioso, que los ojos, cansados de nada distinguir, se me cerraron, y á falta de otros ruidos, llegué á oír como golpes los violentos latidos de mi angustiado corazón. Y pasó largo tiempo, quizá sólo un minuto, que me pareció un siglo. Y experimenté intensísimo frío y calor extremado: hielo en la circulación, fuego en la frente, terrores en el alma, así como la indefinible sensación de quien precipitado de improviso en abismo profundo, desciende con vertiginosa rapidez hacia una muerte inevitable que no llega jamás.

Si al entrar en el Templo pude á favor de

un tenue rayo de la luna que penetró conmigo, dar unos cuantos pasos en el terrífico recinto, cerrado el postigo no supe á donde dirigirme; me detuve en el propio sitio donde la luz me abandonó; y allí permanecí mudo é inmóvil como una sombra más, confundido, tragado, por aquel mar de sombras.

Horrible pesadilla! pensé lleno de turbación, sin atreverme á articular palabra. Pero ¿cómo soñar si estoy despierto, si no he perdido en absoluto la conciencia, si todavía me asisten las facultades físicas y á voluntad puedo retroceder y escapar de este antro? Escapar! Huir de él para siempre. Pero ¿la puerta.....? ¿Dónde se halla la puerta? ¿qué dirección seguir para encontrarla?..... Y luego, ¿á quién llamar que pueda abrirme? ¿A un espectro? ¿A una sombra?..... En verdad que deliro. Todo es pura ficción: realmente estoy soñando..... Pero no puede ser. Estoy aprisionado en un sepulcro. ¡Si estaré muerto! ¡Si con estas torturas será como expían las almas sus terrenales faltas! O peor aún, ¡si este lugar no será otra cosa que un vulgar cementerio, donde creyéndome cadáver me han enterrado vivo!

Semejante suposición me dejó atónito. Pretendí gritar, pedir socorro al cielo, á los silentes manes de nuestros inmortales y hasta al mismo fantasma que allí me había encerrado, menos aterrador que las tinieblas, el silencio infinito y mis lúgubres alucinaciones; pero la voz se me ahogó en la garganta. Desfalleciente dí algunos pasos, que no tuvieron eco, buscando á tientas dónde apoyarme para no caer; y, aturdido, giré al acaso en varias direcciones, hasta tropezar con un objeto resistente y frío, sobre el cual me arrojé con desesperación.

II

¡Inexplicables misterios los del alma! Aquel inesperado sustentáculo, aquella masa inerte de mármol ó granito donde se apoyaron mis manos, me pareció una égida, un refugio, un puerto de salud. Con nerviosa curiosidad la acaricié rápidamente, palpando las huellas del cincel en las labores que la habían transformado, de piedra bruta, en monumento artístico. Relieves semejantes á ramas de laurel y palmas y banderas, entrelazadas con números y letras, en mi tribulación indescifrables, encontraron mis manos; y por coronamiento de estos emblemas terrenales, un símbolo expiatorio de más excelsa ejecutoria y de mayor alteza: una cruz, cuyos brazos me ofrecían protección.

¿Quién dormirá bajo esta égida redentora? me pregunté, sintiéndome menos atribulado. ¿Qué noble corazón oprimirá esta piedra, menos pesada que los remordimientos de una vida culpable, que la ingratitud ó el desprecio de los hombres? ¿Yace aquí alguien de mi sangre? ¿Algún guerrero insigne de perdurable nombradía, un varón justo de reconocidas virtudes? O por mi mal, ¿guarda esta tumba los restos de un esclavo, de un impostor ó de otro desgraciado de funesto renombre? Vale más ignorarlo. Y apoyé en la cruz mi ardorosa cabeza y casi al punto me sentí confortado.

Lentamente los supersticiosos terrores fueron desvaneciéndose; la imaginación plegó las alas, como adormecida; y á semejanza de aquel mudo sarcófago, quedé insensible á las agitaciones del pensamiento y de la vida, sumido en pérfido letargo, del cual desperté casi al instante sobresaltado y sin aliento.

III

El reloj de la Metropolitana dio las doce. Como quejido desgarrador y prolongado, repercuten las naves silenciosas las lentas campanadas; y á tiempo que desfallece el eco triste de aquel postrer adiós del día que muere al que le sigue, retumba estremeciendo las bóvedas del Templo el estampido de un cañón invisible disparado en el propio recinto. Un grito de pavor, que apaga otra explosión con formidable estrépito, se me escapa del alma; sucesivamente llego á contar veintiún disparos; y de súbito, al terminar la fantástica salva, ilumínase el templo con tan intensa claridad, que quedo deslumbrado.

—Luz! luz! emanación divina, polvo de oro que esparcen en lo infinito las alas de los ángeles al sacudir el manto de Jehová! presta á mis ojos débiles, á mi corazón desfallecido, el singular poder de penetrar por un instante los arcanos vedados á nuestra inteligencia. Tú eres vida y amor, ¡oh antorcha inmaterial del universo! inflámame y llegaré á ser sol!

Esto dije sin meditar lo que mis labios proferían, y al punto ví como jamás pudieron ver mis ojos.

Pero aquella luz no era la de los astros, ni menos el reflejo de inmenso foco alimentado por el hombre con el misterioso combustible de la electricidad. Oh! todos los bosques, todas las selvas de la tierra, hacinados y ardiendo en una sola hoguera no habrían bastado con sus llamas á producir la claridad que me rodeaba, no alterada por una sola sombra. Era como la luz de la verdad reflejada por Dios en el gran prisma de la historia y de la creación, la que penetraba mi ce-

rebros, prestando á mis facultades poderosos alcances.

Con el ruido y la luz recobro al punto la perdida energía. Avergonzado de mi audacia, busco donde ocultar mi curiosidad irreverente á los misterios de tan gloriosos muertos; hallo refugio tras un pilar distante del foco deslumbrador que irradia de la cúpula; y allí, único y mudo espectador hasta entonces, de aquel inexplicable cambio, que por arte de magia ha convertido el oscuro Sepulcro en suntuoso escenario, digno de héroes y de olímpicas divinidades, miro lleno de asombro estremecerse el blanco mármol cincelado por Tenerani, y cobrar vida la estatua de Bolívar.

IV

Atónito contemplo tan singular metamorfosis. La dura piedra adquiere lentamente naturaleza humana: activa luz los ojos, hasta brotar relámpagos de las negras pupilas, sombreadas por el arco airado siempre de las tupidas cejas; recobra el rostro el gesto dominador en los combates; resplandece la enhiesta frente donde se anidó altiva, como cóndor andino en la alta cima del Chimborazo, la idea grandiosa de arrebatarse á España la secular dominación de todo un continente y darlo á la libertad como trofeo de gloriosa victoria; y la diestra potente del luchador infatigable recupera el vigor de los primeros años de la enzañada lid, busca la empuñadura de la espada y desnuda el acero, rayo exterminador en cien batallas.

—El es! él es! exclamé palpitante de admiración y de entusiasmo. El es, cual lo he so-

ñado! El Bolívar olímpico de 1813, que reta á España á guerra de exterminio desde las cumbres de los Andes. El Bolívar creador de Estados independientes, soberanos, que hace surgir de los sangrientos surcos de Boyacá una Nación armada, cual Minerva, de singulares atributos. El Bolívar heraldo de victorias, que proclama á Colombia en el Congreso de Angostura. El Bolívar, en fin, de Carabobo, que redime la Patria y vuela entre relámpagos y va á sellar la libertad de un mundo con las hazañas y prodigios de su genio inmortal.

Así, terrible, airado, como si pretendiera con su sola energía desbaratar legiones y conjurar catástrofes, parece que apostrofa, con reprimido orgullo, á imaginarios enemigos, diciéndoles:

—Venid: osad de nuevo contra la libertad. Al despotismo de tres siglos le dió muerte esta espada. Colombia, como Esparta, vivirá eternamente en la memoria de los hombres; sus glorias dominarán la destructora acción del tiempo, y á medida que se las contemple de más lejos aparecerán más excelsas.

Tal arrogancia en la expresión y la actitud no dura, empero, sino cortos instantes. Después, como abismado en contemplaciones dolorosas, permanece algún tiempo, alta la frente aunque nublada de profunda tristeza. La expresión de su rostro joven aún, aunque ya demacrado, adquiere entonces notable semejanza á la del bronce modelado por David (1); y en su nueva actitud, severa, pensativa, con la casaca de paño azul y peto rojo, el áureo talabarte, la banda tricolor, las altas botas con espolines de oro, y las pesa-

(1) D'Angers.

das charreteras, ofrecióse á mis ojos la típica figura, llena de gallardía, de aquel predestinado á tan altos designios, tal cual la reproducen los antiguos grabados.

Las alegorías del monumento donde el héroe se ostenta en toda la plenitud de su grandeza y de su gloria, alcanzan igual transformación. La Prodigalidad y la Justicia, atributos de su carácter, se animan y aparecen cual mitológicas deidades de escultural belleza; sacude el león vencido la poblada melena, y las tres hermanas que simbolizan á la antigua Colombia, talladas de relieve en la parte superior del basamento, míranse de reojo y como avergonzadas sobre el yugo emblemático donde posan los pies, y unas á otras se vuelven las espaldas.

V

Imposible expresar lo que experimenté ante tan insólita mudanza: lo sobrenatural es un secreto vedado al hombre mientras el árbol de la vida no se deshoja y cae y se transforma en el abismo de la muerte; mas, ¡ah! de aquel momento en lo adelante ¡á cuánta altura no iba á rayar mi asombro!

No obstante la presencia del Libertador, desierto estaba el Templo, mudos sus invisibles moradores bajo las blancas losas esparcidas sin orden en el frío pavimento, cuando lejanas resonancias llegan á mis oídos. Siento en el aire como rumor de alas que se agitan, en la tierra estremecimientos convulsivos, fragor de todas armas, himnos de triunfos y estrepitosos vítores. Y suena en el recinto marcial orquesta de vibrantes acordes, y redoblan invisibles tambores,

y en un rayo de luz descende de lo alto el ángel de la gloria, coronada la frente de vivos resplandores y armada la diestra de verdè rama de laurel.

Arrastrando tras sí los anchos pliegues vaporosos de su manto de luz, donde se ostentan los colores del Iris, acércase al Libertador aquel sublime enviado del Olimpo, tócale la frente con el laurel divino, como en las jornadas memorables de "San Mateo," "Boyacá," "Carabobo" y "Junín;" y ya como advertido del noble encargo que ha de cumplir en el sacro recinto, recorre el Templo en todas direcciones y con aquella rama prodigiosa golpea las losas sepulcrales, cual si llamase á las cerradas puertas de la Eternidad. Abrense aquéllas, y surgen de sus tumbas como en los días gloriosos de sus mayores triunfos, en todo el esplendor de su bravura, de su fe, de su ingenio, de sus reconocidas virtudes y física arrogancia, aquellos de nuestros libertadores que han encontrado asilo en el glorioso Templo.

VI

Así, radiante la mirada, la espada al cinto, en los dorados uniformes las cruces y medallas, conquistadas á costa de la propia sangre ó de la vida, aparecen al punto:

Páez, el victorioso; el de las proezas mitológicas, el de la dualidad afortunada, en quien no se sabe á quién rendir mayor admiración, si al insigne guerrero ó al magistrado eximio de los primeros tiempos de la República.

Y Mariño, el magnánimo, el primero de los caudillos orientales.

Y Urdaneta, un forjador de rayos, una voluntad irresistible, á quien no amenguan los reveses, á quien le sirven de pedestal glorioso las barricadas de Valencia en 1814.

Y Arismendi, el insular terrible de la heroica y combatida Margarita; el primer espartano de aquella nueva Esparta.

Y Bermúdez tan impetuoso como temerario, que así arrebató á la Fortuna victorias imposibles, como asombra y resplandece en los desastres.

Y el anciano Marqués del Toro, á quien cupo la gloria de disparar antes que otro las armas de la República contra la monarquía, rompiendo así sus propios privilegios ante los más sagrados de la Patria y de la humanidad.

Y su hermano don Fernando, de las primeras ilustres víctimas de la ensañada lucha.

Y Brión, el generoso, jamás recompensado en sus merecimientos por la gratitud Nacional.

Y José Tadeo Monagas, el tenaz luchador, el que sostiene, cuando todo sucumbe, el fuego sagrado de la guerra con su terrible espada.

Y José Gregorio, su hermano, á quien anima igual bravura en todos los combates, y aun mayor caridad y elevación de sentimientos en las altas regiones del Poder.

Y Francisco Esteban Gómez, el vencedor en Matasiete; otro espartano, digno de encomio por su valor y sus virtudes.

Y Francisco Carabaño, probado en lides y en esfuerzos temerarios.

Y Diego Ibarra, el valeroso edecán del Libertador.

Y José Ignacio Pulido, patricio de relevantes méritos y aguerrido soldado.

Y Justo Briceño el denodado. Y O'Leary el distinguido. Y Juan Scillo el indomable. Y Carlos Minchin, de los valientes de la Legión Británica. Y Miguel Zárraga, de los "Bravos de Apure" en Carabobo. Y Manuel Blanco, el intrépido. Y Parejo el constante. Y Francisco de Paula Alcántara, de los de la atrevida expedición de los Cayos. Y Demetrio Alfaro, Juan José Conde, Pedro Rodríguez, Carlos Núñez y Manuel Olivares, valerosos soldados, de igual manera que los Guevara, Andrés Ibarra, Monzón, Castelli, Bústillo, Torres y Navarro; Luzón, Ojeda, Green, Correa y Muñoz y Ayala, el último de los sobrevivientes hasta ayer de los héroes de La Victoria.

Con aquellos guerreros surgen al propio tiempo de sus tumbas los próceres civiles, que en muy escaso número duermen en el Panteón su último sueño. Como en los días de gala del patriotismo y la magistratura, aparecen con Angel Alamo el ferviente revolucionario de 1811, Diego Bautista Urbaneja, antiguo patriota de clara y cultivada inteligencia, Domingo Briceño, de reconocida rectitud, de inflexible energía. Jose Luis Ramos, varón justo y letrado distinguido. Pedro Bárcenas y José Prudencio Sanz, honorables jurisconsultos. Tomás Lander, célebre estadista de avanzadas ideas, nobles y generosas, aunque rayanas en la temeridad, pero de sincero convencimiento. Y entre aquellos patricios la heroica esposa de Arismendi, la niña mártir del castillo de Santa Rosa, la mujer fuerte, la virtuosa matrona de imperecedera memoria. (1)

(1) Estos son los nombres de los *próceres militares y civiles*, cuyos restos reposan en el Panteón Nacional.

VII

Todos aquellos héroes y eximios patriotas se vuelven hacia el Libertador y lo saludan con amor y respeto. Todos en la mirada fulminante del incomparable caudillo, fijan los ojos como atónitos esperando oír orden suprema. Todos aguardan el sonido de aquella voz vibrante, como el clarín de guerra en las batallas, y todos al escucharla se estremecen y sienten revivir el corazón.

—Y qué! exclama el Libertador con airada sorpresa, contemplando el reducido grupo de inmortales que se ofrece á sus ojos, ¿no están todos aquí, mis compañeros de armas, los hombres de la lucha y la Revolución? Y volviéndose con presteza á la Gloria: vamos, le dice, continúa tu justiciera obra que aun no la has terminado.

—Señor, tenéis en vuestra presencia todos los próceres que aquí yacían hace un instante.

—Y esas huesas que todavía permanecen cerradas! ¿Por qué no despertar á los que en ellas duermen?

—Ya lo he intentado, pero en vano. Tan sólo algunos al contacto de esta rama prestigiosa, parecen revivir, y acaso esperan vuestro permiso para hacerse visibles. Los otros.....no responden.

—Yo los llamaré á todos, no importa quienes sean, ni la razón que les asista para encontrarse entre nosotros, dice el Libertador; y con voz poderosa: Levantáos! exclama. Hoy, en este recinto, no ha de haber sino hermanos. La fiesta es de la Patria y para todos. Levantaos!

Luégo dirígese á la Fama, que á su vez aparece como evocada por el espíritu del Héroe.

—Y tú, que dilataste en los ámbitos del mundo el grito de nuestra protesta, el estruendo de nuestros esfuerzos y el juramento de nuestro grande intento, así como proclamaste nuestros derechos y nuestras múltiples victorias, vé á llamar desde las torres de este Templo á mis ausentes compañeros. Haz de modo que escuchen en las entrañas de la tierra, ó en los espacios infinitos, doquiera hayan fijado su gloriosa estancia, el toque de llamada á esta asamblea, en la que nos reúne la conmemoración de una fecha inolvidable. Que todos vengan! Yo los espero aquí!

VIII

Mientras la Fama desde lo alto de las torres lanza á todos los vientos las portentosas notas de su trompa inmortal, despertando los adormidos ecos de las pampas, de las selvas profundas, de la empinada cordillera, hasta llevar su prodigiosa voz á remotas regiones, más allá del océano, al través del espacio; ábrense sin estrépito las huesas que en el Templo aun quedaran cerradas, y llenos de turbación y de sorpresa aparecen al punto los que allí fueron sepultados.

Instintivamente, por asimilación, se reúnen en dos grupos diversos; henchido el uno de noble asombro y de entusiasmo, presa el otro de ansiedad y de espanto. Este, el más numeroso, procura desde el primer instante esquivar la luz que lo amedrenta, busca la oscuridad, sin encontrarla, y retrocede hasta el ex-

tremo de una de las naves, no distante del propicio pilar donde me he refugiado. El otro, por el contrario, más limitado y de mayor relieve, permanece á una distancia respetuosa de Bolívar y sus conmlitones, y en él descuellan por la noble postura, la serenidad de los ánimos y la patriótica admiración que expresan los semblantes, figuras para mí bien conocidas: como la del primero de nuestros sabios eminentes, honra de Venezuela y de la humanidad. La de un poeta y orador insigne, de alma nobilísima, siempre inspirado en grandes ideales, que, como el Taso habría cantado á Godofredo, y como éste combatido por libertar el sepulcro de Cristo. La de magnánimo guerrero, digno de justo encomio y merecida indicación. La de experto soldado de popular renombre y entre otras de apreciables ejecutorias, las de algunos bien reputados estadistas, visionarios sinceros de halagadores espejismos, pero de indiscutible probidad.

CUADRO III

—
Á LA VOZ DE LA FAMA

I

No bien se muestran á mis ojos aquellos nuevos aparecidos, como yo espectadores de una escena jamás imaginada, estruendo ensordecedor vibra en los ámbitos del Templo. Todos los ruidos, todos los estrépitos, todo el fragor inmenso y pavoroso que produce la guerra; clamores infinitos, gritos de odio y de venganza, ayes desgarradores mezclados al rumor de multitudes que se chocan produciendo como lejanos truenos; y el golpear de las armas, y el pesado rodar de numerosa artillería, y el agudo relincho y el piafar tempestuoso de espantados corceles, y el galope violento de compactados escuadrones, y las sucesivas descargas de la fusilería, y el resonar de las cornetas, y el redoblar de los tambores, y el ritmo electrizante de las músicas marciales, y el tumulto iracundo, y la aturdidora vocería de los que se acuchillan:

*Y del cañón la altisona
Rugiente tempestad,*

como dijo inspirado poeta. [2] Todos estos ru-

(2) Francisco Guaicaipuro Pardo—Oda á Páez.

mores, todos estos estrépitos, que se perciben al principio como á larga distancia, crecen con rapidez, se acercan, llegan é invaden por las altas ventanas las sonoras naves, donde si á algunos ánimos conturba, á otros alienta y de supremo orgullo los hace palpar.

No dura, empero, largo tiempo tan singular estruendo; enmudece de pronto el ruido de las armas; sólo llegan á mí gritos frenéticos, que repiten entre innúmeros víctores, un nombre esclarecido por la gloria, sublimado por el martirio, y extrañas voces que en extranjera lengua cantan himnos guerreros, mientras que allá muy lejos resuena ensordecido el eco de los cañones de Maestricht, de Amberes, de Nérwinde, unido á la terrible *Marsellesa* y al canto popular de nuestros padres, entonado por millares de voces, que atronando el espacio, van acercándose á las puertas del Templo: éstas se abren al fin con prolongado estruendo y aparece Miranda!.....el gran patriota, el filósofo austero, el mártir de la libertad y su apóstol ferviente en ambos mundos.....

Reina asombro simpático entre los circunstantes. Allí está, como en sus días de triunfo, el viejo soldado de la República, el compañero de Dumouriez, en las gloriosas campañas del Argonne, de Bélgica, de Holanda; el vencedor en Amberes, Valencia y cien combates; el émulo brillante de los que se ilustraron en Jemmapes y en la célebre jornada de Valmy.

Bolívar se adelanta á su encuentro, tiéndele los brazos á los que el antiguo *girondino* se arroja enternecido; y aquellos héroes singulares, aquellos dos gigantes, hijos de Caracas, glorias de Venezuela, de la América y de la humanidad,

confunden un instante el latir presuroso de aquellos sus grandes corazones, y se dicen palabras dignas de entrambos y propias de inmortales.

II

Tras el *Generalísimo*, [3] que va á ocupar el primer puésto á la diestra del Libertador, llegan al Templo entre rumor de aplausos los egregios patricios que el 5 de Julio de 1811 estamparon sus firmas al pie del Acta de nuestra Independencia; y con éellos concurren á aquella cita extraordinaria, los audaces iniciadores de la revolución, los primeros que osaron sustentarla y los fervorosos patriotas del 19 de Abril de 1810, no menos dignos de merecido encomio.

En tan crecido grupo se distinguen al par de Roscio y Cristóbal Mendoza y Madariaga, de perdurable nombradía, el desgraciado España, primera víctima de la idea redentora, y Gual y Picornel y Campomanes, y sus infortunados compañeros. Y el atrevido Salias. Y el austero Martín Tovar. Y Sanz, el sabio de esclarecido ingenio, á quien cupo fatal destino en las pampas de Urica. Y aquel Juan de Escalona, que bajo la toga del magistrado lleva la espada heroica con que ilustra su nombre en el segundo sitio de Valencia. Y Francisco Javier Uz-táriz :

*Alma incontaminada, noble, pura,
De elevados espíritus modelo,*

que dió á la Patria con la vida, saber, reposo,

(3) Título acordado con la Dictadura al General Miranda en 1812.

inteligencia y prudentes consejos. Y Rodríguez Domínguez, dechado de liberalidad con libres y esclavos. Y Revenga, de reconocida importancia. Y Espejo, tan elocuente como desventurado. Y el sacerdote Unda, fervoroso revolucionario. Y el docto entre los doctos, Francisco Javier Yanes. Y Zea, de múltiples, brillantes facultades. Y Miguel Peña, alma templada en las catástrofes, propia para las luchas tumultuosas del pensamiento y de las armas. Y Felipe Fermín Paúl, alta honra de la magistratura nacional. Y Ramón Ignacio Méndez, patriota esclarecido. Y Antonio Nicolás Briceño, el fanatismo de la revolución encarnado en una voluntad incontrastable, en un espíritu ofuscado, no por falta de luz. Y el immaculado Peñalver. Y Ramírez, Juan Toro, Quintana, Maya, y López Méndez, alta la frente y sin cuidados. Y el noble Ponte. Y Pedro Gual, de apreciadas ejecutorias. Y Lino de Clemente, de los héroes de "San Mateo." Y Sata y Bussi, orador tribunicio. Y aquel Manuel Palacios, *que adivinaba el porvenir y lo esperaba sonreído*. Y el casi adolescente Muñoz Tébar, el enamorado entusiasta de la República y de la Libertad, el niño prodigioso, que piensa, escribe, habla, lucha y sucumbe, maduro ya para la gloria á los veinte y tres años. Y los Tejera, Maíz, Martínez y Narvarte, de gran relieve en las vicisitudes de la política, en los consejos de la administración. Y el eminente Aranda. Y el ilustrado Isnardi. Y el distinguido García de Sena, quien como Aldao, Muñoz Tébar, Jalón, Yépez y Antonio Freites, hallan trágica muerte en el funesto campo de La Puerta. Y entre otros de no menor relieve, el de los arrebatos frenéticos, el de las rudas sacudidas á los que

conceptúa poco resueltos en el camino de la Revolución: aquel Coto Paúl, de alma volcánica, exaltada, que osa exclamar con voz de trueno en la más tempestuosa de las Juntas de la Sociedad Patriótica: "La anarquía! Esa es la libertad, cuando para huir de la tiranía desata el cinto y desanuda la cabellera oncosa. La anarquía! Cuando los dioses de los débiles, la desconfianza y el pavor, la maldicen, yo caigo de rodillas á su presencia".....

III

Pero ¿qué nuevo estruendo torna á agitar los vientos, á conturbar los ánimos, á estremecer los muros del poblado recinto? ¿Será el mar que iracundo brama y golpea con furia las rocas de un escollo en la remota playa? ¿Será la tempestad que en el espacio hace bramar el trueno y nos fulmina el rayo? O ¿acaso el huracán, el que desata sus formidables ímpetus, y desarraiga gigantescos cedros y abate inmensas selvas, y ruge, grita y silba en las cavernas de los montes, en la dilatada llanura, y en las góticas flechas de las torres? Oh! todo á la vez y al propio tiempo: el mar embravecido, el huracán, el rayo: es José Félix Ribas! *el vencedor de los tiranos*, que penetra en el Templo.

Cuánta arrogancia en la actitud y en el gesto del soberbio guerrero! Su aliento, como el del león, se produce en rugidos; su mirada entre llamas; y aquel su noble pecho, donde se cruzan las solapas del antiguo uniforme republicano, levántase y deprímese con las ondulaciones del océano. Mas ah! aquella noble frente, aquella erguida y hermosa cabeza de Júpiter

tonante, que cubre el gorro frigio, no parece segura en los robustos hombros! Y ¿cómo no? si el cuello que la sostiene muestra huella indeleble de haber sido cortado á cercen por el hierro enemigo: allí el hilo de sangre que rodea su garganta, que extrema la palidez del rostro, y su expresión terrible.

Un estremecimiento simultáneo produce la presencia de aquel atleta formidable. Con él reviven los pavorosos recuerdos de la *guerra á muerte*; los del batallar desesperado, la lucha incesante y la prolongada agonía. En él, puede decirse, se compendia aquella época de sangrientas victorias y de inmensos desastres, en que hizo gala de su temeridad, de su heroísmo, sellando con su sangre el primer lustro de la ensañada lid.

Como el de Ajax al grande Aquiles, es el saludo que dirige al Libertador, quien extasiado en la contemplación de tan intrépida arrogancia, á par que en los recuerdos que ella le evoca de aquellos días terribles, exclama tendiéndole la mano:

—Hubo un tiempo en que llegué á creer que ni la muerte lograría venceros;..... y bien lo comprobasteis!

IV

Entran con Ribas en el augusto Templo una legión de héroes. Allí los que empeñaron los primeros combates dirigidos por el Marqués del Toro ó por Miranda. Allí los de la insólita invasión de 1813 con Bolívar. Los de Chacachacare y Güiría con Mariño. Los del año terrible de 1814 con el Libertador y Ribas, y Arismendi, Mariño, Piar, Urdaneta y Bermúdez.....

Allí, Miguel Uztáriz y González Moreno, Santineli y el impetuoso Villapol. Los dos Ayalas, de

antigua raza de guerreros. José Leandro y Florencio Palacios, dos fieros legionarios. Adrián Blanco, un brávo, Felipe Esteves, intrépido marino. Y el austero Francisco Conde. Y Urbina el veterano. Y el arrebatado Campo Elías. Y Mesa, Arévalo, Camacho, Benítez, Sánchez, Salcedo y Alcover, tan distinguidos. Y los Jugo, una familia de arrojados. Y los Buroz, otra de Mártires. Y el denodado Rivas-Dávila, que en La Victoria resplandece y sucumbe. Y Ron, Picón y Canelón, que dan la vida por la patria en aquel mismo campo de batalla. Y los aguerridos Carabaño. Y aquellos dos Montilla, á cual más esforzado: Tomás, á quien Bolívar profesa grande afecto: Mariano, á quien levanta, si cabe más, la gloriosa campaña del Magdalena y la rendición de Cartagena. Y el mutilado en los Cerritos-Blancos, el ilustre Carreño, á quien herían todas las balas. Y Mesa, el fuerte. Y Gogorza, el sereno. Y ¿quién aquél de talla esbelta, de superior inteligencia, consejero de todo grande intento, que se adelanta entre unánime aplauso? Soublette, gran patriota, bravo soldado, y mejor ciudadano, á quien el Libertador le dice al saludarlo:

—Si el pueblo que os tocó gobernar hubiera estado á vuestra altura y sido digno de un magistrado como vos, vuestra gloria cívica habría eclipsado muchas glorias.

Mas allá veo á Manrique, á quien “Araure” impone notoria nombradía. Aparecen después los dos Piñango, cuyos nombres, grandes conflictos y victorias, recuerdan á la Patria. Aquel, el donoso batallador Pedro León Torres, de audaz talante y gallarda presencia, que á trueque de disputadísima victoria da la vida y se inmortaliza en Bomboná. El otro, es Bernardo Bermúdez, no

menos valeroso, sacrificado en los albores de la guerra. Este, el discreto José Félix Blanco, futuro historiador. Los que le siguen, los esforzados Alcalá, Guerrero y Carvajal, el famoso *tigre encaramado*; y Arrijoja, Isaba, Tango, el tenaz Andrés Rojas, Barreto, Armario, Calderón y Mejías, siempre alentados. Muéstranse luégo, Paz del Castillo, que no sabe retroceder y sucumbe en Urica; y Uzcátegui y París, que caen asesinados en Valencia. Y el gran Genaro Vásquez, como el que más, intrépido; y el honrado Loñaz, y los antiguos edecanes del Libertador: Bernardo Herrera, Marcelino Plaza, Santamaría y Miguel Arismendi. Y el perseverante Zaraza que no desmaya mientras existen enemigos. Y Austria, Avendaño, Luces, Juan Antonio Paredes y Dolores Hernández, de relevantes méritos. Y ese que llega, como envuelto por una tempestad en los jirones de la desgarrada bandera que tremolara en Bárbula, es el heroico Girardot. El que le sigue D'Eluyar, su vengador en las Trincheras. Y aquél de rostro fiero con reflejos de auréola, que ufano se adelanta entre ruidosos víctores, satisfecho de su espontánea inmolación: Ricaurte! cuya gloria, ilumina y realza la del campo inmortal de San Mateo.

V

Cuántas hazañas, cuántas heroicidades en aquel grupo de guerreros! Pero ¿cuántos son ya? Casi no caben en el Templo y todavía resuena la acompasada marcha de los que no han llegado. Ya se divisan los fieros insulares, los del épico batallar en la indomable Margarita, ora con Arismendi, ora con Gómez el vencedor en Matasiete. De paso por la plaza llena de gente de armas, ca-

ballos y furgones, dejan sus valerosos guaiques, y aparecen José Rafael Guevara, Maneiro y Juan Bautista Coba de sus buenos patriotas. El fogoso Tenías, el resuelto Cayetano Silva, y los Mata, Antolín Villalba, Adrián, Rodulfo y Figueroa, Aguirre, Paz y Ruiz y el atrevido Juan Fermín que el polvorín incendia de Juan-Griego y se arroja á la mar. Y aquel marino insigne, Antonio Díaz, cuyas victorias y combates sin cuento dan la medida de su pericia y de su arrojo. Y sus valientes émulos: José María García, Gutiérrez y Rosales; y cuántos más, de todas armas, que viven en la historia y en las tradiciones populares de la isla guerrera, se ofrecen á mis ojos.

VI

Llegan ahora los de la audaz expedición marina de “Los Cayos;” los de la nunca bien ponderada y aplaudida *Invasión de los seiscientos*, ó retirada de Ocumare, hasta Barcelona y “El Juncal,” entre los cuales diviso, á par de muchos ya nombrados, al noble escocés Gregor-Mac-Gregor de dura raza y poderosa, enamorado de la gloria y de la libertad: trae en la diestra los descoloridos girones de la que fue gloriosa enseña en Alacranes, y orgulloso se muestra de lo que conmemora tan glorioso trofeo. Siguenle Ducoudray, Vélez, Borrás, Rapozo, Teodoro Figueredo, y el desventurado Landaeta, muerto en las cumbres de Ocumare. Y el siempre leal é inteligente Pedro Briceño Méndez. Y Felipe Macero, José María Zamora, el valiente Martín y José Gabriel Lugo, á quienes se aparejan, entre otros, Francisco y Juan Padrón, Basilio Belisario, de belicosa casta, Lope María Buroz, Cancino, Mateo Guerra y Renato Beluche.

VII

Otra época no menos memorable, con sus esfuerzos de más prez y valía, llega representada en los guerreros que la caracterizan. Sube la grade-ría del Templo apuesto paladín á quien he visto hace un instante y como en sueños, en su hora postrera; es el heroico defensor de la Casa-Fuer-te de Barcelona, el General Pedro María Freites, que blande aún amenazador la espada rota en la feroz matanza. Le sigue su compañero de glo-ria y de infortunio don Francisco Rivas, y los va-lerosísimos tenientes que en tan cruenta jornada se ilustraron: Godoy y Lovatón, Ortíz, Alvarez, Pérez, el bravo margariteño Agustín Reyes, Mesa, Bordones, Canelón, Navas y Chamberland.

VIII

Mirad, nueva falange. Viene de donde el sol fulmina sus primeros rayos. Ya se distinguen en la invadida plaza los erguidos penachos y flo-tantes banderas. Un hombre de aspecto lúgubre, de mirada sombría, se adelanta con paso tardo y como perezoso á sus compañeros de gloria llenos de audacia y de entusiasmo. Viste el rico unifor-me de los Capitanes-Generales, pero desgarrado en el pecho por no enemigas balas. Su nombre, aunque velado por fatídica sombra, suena á la par de los de más valía en los primeros años de la guerra, y lo repiten con perdurable resonancia el Manzanares, el Guarapiche, el Caura, el negro Caroní y el Orinoco gigantesco. fieles testigos de sus grandes proezas, de su extravío fatal, de su trágico, triste fin, y de su incomparable bi-zarria.

Con el pesado pomo de la espada vencedora en "San Félix," golpea las puertas del glorioso recinto, como anunciando su presencia antes de aventurarse á cruzar los umbrales. Todos se vuelven hacia él, todos le miran con sorpresa, y profundo silencio reina en torno de aquel inesperado aparecido. Pero la voz dominadora de Bolívar vibra al punto en las silentes naves dirigiéndose al héroe :

—Adelante, le dice, con olímpica serenidad. Cuando con mano ruda, cumpliendo altos deberes, detuve vuestros esfuerzos para amparar los de la Patria, de hecho ya antagónicos, no pensé despojaros de los merecimientos que teníais adquiridos ; éellos, vuestras antiguas glorias, os dan entrada aquí, sed bienvenido !

Y Piar penetra al Templo de los inmortales, mustia la frente, pero ceñida de laureles.

Vienen con él, sus compañeros de lucha y de victorias en Cumaná, Maturín y Guayana, y á par de otros de sus tenientes ya nombrados, distingo al impertérrito Chipia, al pertinaz Landaeta, al reposado y valeroso Pedro Hernández y á los Armas, Moreno, Suárez, López, Ortega y Olivares, á quienes baña la misma ola de sangre en las batallas, á quienes galardona con igual prez la gloria.

IX

Trueno violento, retumbante, como el golpear de innúmeros corceles impulsados á escape en la sonora pampa, se oye en seguida, rememorando las intrépidas catorce cargas de "Mucuritas" y el revolver pasmoso y la arremetida sin ejemplo de Páez en "Las Queseras."

Son ellos, los llaneros indómitos, los de las proezas mitológicas en las llanuras del Apure, Casanare y Barinas, cuyos caballos, veloces como el viento, han cruzado distancias infinitas, salvado montes, bañándose en las aguas de caudalosos ríos en remotas regiones, y respirado el humo de la pólvora en más de cien batallas. Vienen á toda brida á la cita gloriosa, empinados con extrema arrogancia en los triangulares estribos, blandiendo amenazantes las formidables lanzas de "La Miel," "La Cruz," "Cojedes" y "El Yagual," y atronando el espacio con sus gritos de guerra y estentóreos vítores á su insigne caudillo, el león de Apure, el atleta inmortal en "Carabobo."

Qué vocería! Qué estruendo! Diríase un formidable asalto de centauros, pugnando enardecidos por escalar el cielo!

Entre nube de polvo y centelleo deslumbrador de picas y de espadas, llegan los poderosos escuadrones, é invaden como rugientes alborotadas olas, todas las avenidas y la espaciosa plaza que se ensancha para darles cabida; páran de súbito el afanoso empuje, echan pie á tierra los terribles ginetes, y mientras suenan los clarines, y piafan y relinchan los cerriles bridones, golpeando con los cascos la gradería del Templo, buena parte de la indómita gente penetra en el recinto, haciendo resonar en las baldosas los rudos acicates, y los ferrados regatones de las pesadas lanzas.

Y veo al fiero Aramendi, de indomable bravura; á Carmona el tímido; á Mina el impetuoso; y á Rondón el intrépido, que le arrebató la victoria á Barreiro en "Pantano de Vargas," al bote de su lanza. A Cornelio Muñoz, de igual talla y coraje; y á Juan Gómez, Farfán, Angulo, Infante, Figue-

redo, Arraiz y González, Mujica y Olmedilla (1), una jauría de leones. Y al afamado Ortega, el tipo clásico de los hijos del llano; y al irascible Castejón; y á aquel negro famoso por su temeridad y su ardimiento, á quien sus compañeros apellidaron El Primero. Luégo diviso al sin par Angel Bravo, tan digno de su nombre; y á Mirabal, Abreu, Curzate, los Pulido, Salazar y Torrealba, irresistibles. Y al pertinaz Mellados, que acosa á "Valencei" hasta Barrera, donde rinde la vida entre sus bayonetas; y á tantos otros no menos impetuosos, de merecida nombradía, que no alcanzo, por más que quiero, á enumerar entre tantos valientes.

X

Tras los llaneros de nuestro patrio Aquiles, llegan nuevas cohortes y campeones gloriosos. Los que escalaron la sierra andina bajo el fuego enemigo, entre abismos profundos y amenazantes ventisqueros.

Los de la audaz campaña de 1819, soñada en Casacoima por el genio de América. Los que combaten en el torneo magnífico que dio ser á Colombia.

Como elevada cumbre miro á Anzoátegui, campeón afortunado en recias lides, cuya cabeza ostenta el preciado laurél de "Boyacá," y quien predestinado á más altos destinos, cayó vencido por la muerte cuando la gloria y sus merecimientos le abrían ancho camino.

Advierto luégo á Santander, por descollar entre los más notables su altiva frente de pensador

(1) Hijo.

y de guerrero en extremo turbada. Hombre de alcances, estadista, filósofo, probado como pocos en las labores de la administración, de la política, á quien le cupó la insigne honra de colaborar con el Libertador en la organización de la gigantesca República, en darle instituciones que ante el mundo la presentasen digna del puésto conquistado, como modelo de virtudes patrióticas y de nobles estímulos.

Vienen después los bravos de "Casanare," "Paya," "Corrales" y "Gameza": el brillante Arredondo y Guerrero el impávido que allí sucumben cuando vencen; y Fortul, buen soldado y antiguo patriota; y París, como los de su nombre gallardo y generoso; y Antonio Obando, de los primeros que se alistaron en la Revolución; y el enérgico Roock, el belicoso Nonato Pérez, Hermenegildo Mujica, Caraballo, Durán, Loboguerrero, Jackson y Ascanio, y Valentín García, apodado el valiente; y cuantos á la par del denodado Cruz Carrillo ilustraron su nombre en "Pantano de Vargas" y en la gloriosa "Boyacá."

XI

Otros guerreros, poderosa legión *fulminatriz*, como la antigua, célebre en nuestros fastos militares, acuden presurosos. Todos llevan al brazo el escudo triunfal de "Carabobo." Todos cuentan por centenares los combates donde se han distinguido.

En torno al monumento de Miranda desfilan las tres pujantes Divisiones que Páez, Cedeño y Plaza, comandaron en la insigne jornada. Cuánto soldado ilustre, cuánto soberbio paladín, no surge de esas filas y penetra en el Templo!

Allá el intrepidísimo Juan Torres, el primero que osó venciendo la agria cuesta y la montuosa pica, posar su planta audaz en el campo enemigo, en la llanura fulminante. Acá el bizarro Vásquez. Luégo distingo á Heras, que en la empeñada lucha arrebató con furia buena parte de gloria. Y á Farriar tan impávido, á Davy tan sereno, y á los inconmovibles capitanes que á pie firme sucumben en la recia jornada. Aquel de noble porte, mirada inteligente y resonante nombradía, es Rangel, todo un bravo, que apenas sobrevive cortos días á tan grande victoria. Le sigue Flores, á quien, por el contrario, á excelsa altura lo eleva la Fortuna. Estos, Patria y Arguindegui, duros en la pelea. Aquellos Iribarren, Flegel y Smith, no menos aguerridos; y Uzlar, el fiel y valeroso hanoveriano; y Melián el brioso; y Ramos Woodberi, Acevedo, Meyer y Calderón, de notoria pujanza; y Flinter, Asdhon, Briceño, Celis, y el impetuoso Cala, de los asaltadores de Puerto Cabello al través del manglar y al arma blanca. Y el brasilero Abreu y Lima, de relevantes méritos, y Domingo Hernández, Sagarzazu, Gonel, Umaña, Ibañes y Piñeres, y otros y otros de notoriedad bien merecida. Y aquellos dos campeones de prestigiosos nombres, á quienes cabe, el mismo día, idéntico destino: Ambrosio Plaza, el de la ruidosa inmólación al rendir el regimiento del Infante; *un héroe de leyenda*, como otra vez digimos, *digno de ser cantado por Ossian, de ser llorado como Eneas*. Y el formidable atleta que muere como Ajax en medio á Valencei, el terrible Cedeño, el *bravo de los bravos*, como lo apellidó el Libertador.

XII

No obstante tal acopio de gente de armas, de magistrados célebres y de ilustres patricios, masas compactas, numerosas, divísanse á lo lejos marchando bajo el iris de nuestras banderas victoriosas. Son los probados tercios en la brillantísima campaña al través de la América. Los que ejecutan los prodigios que sueña aquel sonámbulo asombroso, que, ora á la propia espada le da vida, ora improvisa héroes singulares que como él realizan verdaderos portentos. Los que se lanzan con Bolívar, como bandada de águilas, de las cumbres del Avila; tramonantan la formidable cordillera, cruzan el Juananbú bien dirigidos por el volcán de Pasto, y vencen con el Libertador en Bomboná, y con Sucre en Pichincha. Los invasores del Perú; los que tras recia acometida se ven triunfantes en la laguna de los Reyes, espejo de Junín, y victoriosos van hasta el Desaguadero y el remoto Potosí, libertando naciones, reorganizando pueblos, afianzando de modo incommovible la independencia de todo un Continente, y asombrando al mundo con el esfuerzo propio y los prodigios de su inmortal Caudillo.

Todos vienen, todos han respondido obedeciendo á la suprema voz que los llama á la cuna de la independencia americana, al Panteón Nacional, á la presencia de Bolívar.

Del seno de los mares, de la ignorada fosa perdida entre las breñas, la recia cuesta ó la pavorosa hondonada. Del limo de los ríos, de la arena infecúnda, de las praderas hoy floridas y ayer regadas con generosa sangre; del páramo desierto, del bosque virgen, de la pam-

pa, de la raíz profunda de árbol añoso y corpulento, del polvo, del pantano, de la cepa de hierba, de la playa inclemente y de las rocas que coronan nevadas cumbres, tristes, y sierras calcinadas; de donde plugo al hado cortar la vida á tantos luchadores por el patrio derecho, surgen aquellos, como en sus días gloriosos: la adarga al brazo, al cinto el talabarte y la espada desnuda. Nadie se queda atrás, no hay rezagados. Capitanes y tropa, sin establecer más gerarquía que la que abonan altos merecimientos comprobados por sacrificios y heroísmos, se reconocen y se aclaman. Todos están presentes; sólo demoran los de la última trascendental jornada, los que en las faldas del fulminante Condurcunca nos vela aún espesa nube misteriosa surcada de relámpagos.

XIII

La Fama, empero, no deja de sonar el áurea trompa en las torres del Templo. La invitación se extiende á cuantos combatieran en la latina América, por la independencia y libertad del patrio suelo.

Y vienen los del antiguo Virreinato de la Nueva Granada, nuestros hermanos en la común aspiración, en la lucha terrible de quince años, los sacrificios y el martirio. Y veo llegar los eximios patriotas del 20 de Julio de 1810, en Bogotá, los eminentes del saber y la espada, que preside Nariño, el primero de tan ínclitos próceres, cumbre empinada entre excelsas alturas. Y al par de los trofeos de la antigua Colombia, de los escudos, armas y estandartes resplandecientes en Alto Palacé, Calibío y Tasines,

de perdurable gloria, distingo aquel Camilo Torres, de alta virtud y esclarecido ingenio, á quien realzan, que no afrentan, los sangrientos ultrajes del suplicio. (1) Al sabio Caldas, tan eminente como desventurado. Al immaculado Torises. Al enérgico é idóneo García de Toledo. Al Marqués de San Jorge, (2) distinguido patriota cuya sangre, en las venas de Ricaurte, va á sublimarse en San Mateo. Y á aquellos tres Gutiérrez, á la par beneméritos. Y Ajos, Ribón, Camacho, Dávila, Portocarrero y Díaz Granados, Benítez, y Castillo, no menos dignos de justiciero encomio. Y el íntegro Palenzuela. Y Baraya el fogoso, á quien corona la victoria en Bajo Palacé. Y Anquina, Ulloa, Amador, Stuart y Carbonel, Villavicencio y Rivas, Joaquín Caicedo y Macaulay el vencedor en Popayán, Puente del Cauca y Catambuco, jamás desanimados en la cruenta labor de su constancia. Y Velés, Chaves, José Bernardo Alvarez, Durán, García de Evidia, Navas, Céspedes, Hayos y Rovira, tan meritorios y abnegados. Y el poeta y jurisconsulto Montalbán, que con un pie en el sepulcro, burlescas coplas improvisa á la muerte. Y aquel viejo soldado, tan bravo como estoico, José Ayala y Vergara, que de camino hacia el patíbulo, le dice al jefe de la escolta con amarga sonrisa: no vayamos más lejos, va á llover y me es nociva la humedad. Qué hombres! Qué pujanza! Así les cupo á todos idéntico destino: el cadalzo! Así el martirio hizo imperecedera su memoria.

(1) Fue fusilado, colgado el cadáver de la horca, cortada la cabeza, que exhibieron en una jaula de hierro, y esparcidos sus miembros.

(2) Abuelo materno de Ricaurte.

Tras estos ínclitos varones que todo lo sacrifican por la Patria, otros no menos dignos de alabanza penetran en el Templo. Aquel es Pey, austero y respetable, de los primeros que se enfrentan á la secular dominación y la hieren de muerte. Este, Acevedo Gómez, el popular tribuno de altos merecimientos. Los otros son Moledo, José Díaz y el brioso Cabal, tan esforzados. Y Don Joaquín Ricaurte, Morales, y Padilla, á quien pregonan las brillantes jornadas del Arsenal de Cartagena, Punta de Palma y Maracaibo. Luego diviso á Sanz Santamaría, al Doctor Gabriel Peña, al respetable Pombo, que da á su patria ejemplos de virtudes y descendientes que la honran. A los Caicedo Flores, Castillo, los Restrepo y el eminente Etanislao Vergara, á quien Bolívar moribundo le escribiera: *la amistad que tengo por usted es más pura que la luz del sol*. Últimas líneas tal vez trazadas por la mano del Héroe. También llegan ufanos el ardoroso Fábrega, el afortunado Labatut, cuyo nombre repiten con orgullo "Sitio Nuevo," "Guáimaro," "San Antonio," "La Ciénega," "San Juan" y "Santa Marta."

Y miro al cura Ordoñez, buen patriota. A Don José Ignacio París, tan generoso. A Herrera, Pardo, Gómez, Corral y los Mosquera, Márquez Caicedo y Espinar, de patrióticas ejecutorias. De igual manera que al infortunado Servier, y á los Cuervos, Vergara, Uerós Mejías, y Fernández Madrid, y el immaculado Castillo Rada, Francisco Javier González y Alejandro Osorio. Y con tantos patriotas distinguidos, los fervorosos republicanos de las primeras Juntas, iniciadoras de la Revolución, los que más tarde legislaron en Convenciones y Congresos, ilus-

trando la gran Colombia con sus luces, su probidad y su energía, ora en las faenas laboriosas de la administración y la política, ora en la lucha de todos los instantes como en los campos de batalla.

Con los últimos grupos, un hombre de aspecto extraño por sombrío y desconfiado, va á penetrar al Templo, como impelido á su pesar por fuerza irresistible. Nadie se fija en él, nadie lo ve y avanza.....pero de pronto se detiene aturdido; los ojos del Libertador lo han fulminado, y la voz de Bolívar vibra y exclama airada: Tú no, Caín!..... Retrocede el sombrío personaje, toma el camino de Berruecos y se pierde en la oscuridad como un fantasma.

XIV

La emoción que produce tan ingrato suceso no dura empero sino cortos instantes.

Redoblan los tambores; nuevos atronadores vítores resuenan en la plaza con los nombres gloriosos de Yaguachi, Riobamba y Pichincha, repetidos con férvido entusiasmo. Y las banderas del Ecuador, dando al viento sus brillantes colores, forman como docel magnífico á sus preclaros hijos: sus célebres patricios, sus héroes y sus mártires, que penetran al Templo.

Allí están con el poeta insigne, Tirteo de nuestros patrios lidiadores, los ilustres varones que, los primeros, osaron revelarse contra el impuesto yugo de tres siglos. Allí Morales, Salinas, Azcázugui, Quiroga y sus compañeros de martirio, cuya sangre vertida por la Patria mantiene viva su memoria. Allí los dos Montúfar,

el vencedor en Guapuzcal, y el temerario y fogoso vencido en Quito, Ibarra y San Antonio, de perdurable nombradía. Allí los Silva Alegre, Cuero y Caicedo, Villa Orellana, Solanda y Miraflores, Larrea, Matheu, Sambrano y Benavides de la Junta nombrada *Soberana*, iniciadora de la Revolución y de la cruenta lucha. Allí el brioso Calderón, á quien realzan los reveses de Mocha y Verdellama. Y el satírico Espejo, que muere entre cadenas. Y el distinguido doctor Ante, tan infatigable y persistente en el santo propósito de independencia y libertad. Y el enérgico De la Peña, cruelmente sacrificado á la par de su esposa. Y el decidido y generoso Valdivieso. Y los intrépidos Jeres y Gandaburo, jefes de los asaltadores al presidio y cuarteles españoles de Quito, el 2 de agosto de 1810. Y los hijos de Guayaquil, tan esforzados en el feliz 9 de octubre de 1820, en que á la vida de la gloria, surge, entre otros, el venezolano León de Febres Cordero, tan discreto como entendido y valeroso, á quien luégo enaltecen importantes servicios á Colombia y á la causa de la emancipación americana. Y Escobedo, Jimena, Roca, Marcos, Luis Urdaneta, Icaza, y el impetuoso cuanto desgraciado García, sacrificado en Tanizahua. Y Alvarez y Farfán tan esforzados. Y Lavallo de igual fuerza y bravura. Y Villamil, otro atrevido. Y el eminente Rocafuerte. Y Espantoso. Y Novoa. Y aquel otro Calderón, de sin igual coraje, que se ilustra en Pichincha. Y todos los que la propia sangre, la fortuna, la vida, le dieron á la Patria por verla independiente, todos llegan y penetran al templo, saludan alborozados á su ilustre Caudillo el creador de Colombia, y toman puésto distinguido en aquel Senado de la gloria.

XV

A los preclaros hijos de la tierra querida de Atahualpa, siguen los del Perú, los descendientes de los Incas y de los conquistadores castellanos.

Numerosa, brillante, es la agrupación de estos soberbios próceres. Cuántos magníficos arreos! Cuántos trofeos de inestimable precio! Qué profusión de nombres resonantes, de varones ilustres, célebres capitanes y aguerridos soldados!

Diversas las nacionalidades entre ellos, que no la sangre, ni la lengua, ni la vehemente aspiración, unidos vienen por los sagrados lazos de la gloria, los mutuos sacrificios, el heroísmo y el martirio, bajo la noble égida del primero de sus grandes guerreros, el héroe de Chacabuco y de Maipú.

Todos se agolpan á la entrada del Templo, y todos retroceden para cederle el paso. El es, lo reconozco. Aquél de austero rostro, de marcial continente y reposado andar, cuyo penacho erguido, como el de los volcanes que iluminaron sus campañas, que presenciaron sus victorias, sólo le cede en brillo y en altura al del Libertador, es San Martín, el insigne batallador del Sur, el patriota abnegado, verbo y espada de la transformación de tres grandes Estados. Jubiloso rumor de admiración y de respeto, acoge su presencia en las pobladas naves. Sus grandes hechos, su labor admirable, sus virtudes, mueven todos los labios á espontánea alabanza, las manifestaciones de su generoso corazón, todos los corazones. El Libertador se adelanta á su encuentro, con el alma abrasada en gloriosos recuerdos, preséntale la diestra, y aquellas, de entrambos, las nobles manos poderosas en la cruenta batalla, que sólo se en-

contraran en Guayaquil, para reconocerse, y adiós decirse para siempre, bajo las más contrarias impresiones, estrechase esta vez con la efusión sincera del más puro entusiasmo, y juntos van á estrechar las de Miranda, quedando así completa la trinidad augusta, la síntesis gloriosa del genio, el patriotismo y la labor en la América hispana.

Después del Protector, aparece como evocado por los recuerdos de una raza vencida y humillada, extraño personaje, en cuyas venas corre tempestuosa la sangre de Manco-Capac y de Pizarro. Es Tupac-Amarú, el postrero de los pretendidos descendientes de los antiguos soberanos de la tierra del Sol; descuartizado en la Plaza del Cuzco, cuando tras recio batallar y porfiada insistencia, cayó vencido sin dar cima á su intento de vengar sus hermanos y libertar la Patria.

Luégo, entre los primeros, miro á Caro, que á la idea redentora le dió las alas de su inteligencia y su entusiasmo. A Angulo y Pumacahua, víctimas expiatorias de patriótico intento. Al Cabildo de Lima que autoriza la independenciam del Perú, donde descuellan por sus merecimientos: el noble San Isidro, y Zárate, Ravago, Francisco Valles, Echague, Arias, La Puente y La Vega del Reu.

Asoman en seguida los de la Junta Ejecutiva, que á más de un guerrero eminente que ha de venir después, la forman Villa Florida y Alvarado. Tras éstos veo á Orbegozo, dechado de patriotismo y liberalidad. A Correa, López Aldana, García del Río, Sánchez Carrión, Menéndez, Echenique y el valeroso y meritorio Gutiérrez de la Fuente. Y á nuestros compatriotas: Manuel Valdez, de gran coraje y probada constancia. Al ilustre Salóm, á quien le toca la merecida honra de rendir la for-

taleza del Callao, (1) postrer valuarte donde flameara la bandera española. Al perseverante Valero, bravo soldado de generosos sentimientos. A Mires, el impetuoso peninsular de valiosos servicios á Colombia. Al gallardo argentino Necochea, de los héroes gloriosos de Junín, donde por siete heridas se le escapa la generosa sangre. A los expertos Paz del Castillo y Antonio Morales, probados como buenos en la adversidad y en la victoria. Al distinguido Heres, á José Gabriel Pérez, O'Brien, Soler, Cestoris, Rasch, Cabal, Jurado, Grau y José María Ortega. Y al marino Hellingrot de grandes méritos á nuestra estimación; y Tello, Torres, Bustamante, Molina, Antique y Colmenares, y los que de algún modo unieron su voluntario esfuerzo al movimiento civilizador que echó por tierra la poderosa fortaleza de secular dominación.

XVI

Nuevo golpe de aguerridas falanges, de nervudos atletas, apuestos paladines y esclarecidos ciudadanos, llega atronando el dilatado espacio con prolongados víctores al Padre de Colombia, y á las nobles insignias de aquella su otra hija predilecta á quien le dió su nombre. Vienen de excelsas cumbres, de donde mora entre las nubes el tempestuoso Titicaca, y del remoto y culminante Potosí, ufanos de su gloria y de los grandes hechos que ilustraron el suelo de la Patria.

Bolivia! exclama el Libertador al divisarlos, visiblemente conmovido. Bolivia! dicen cien batallas con el chasquido de las lanzas, con el tronar de los cañones, desde la muerta ola que lame

(1) En 1825.

perezosa las arenas de Paria, hasta la enhiesta cima de Ayacucho que fulmina y consagra. Y, Bolivia! repiten, como himno de perdurable gloria, los ecos rumorosos de las sonoras naves, la voz solemne de las selvas del Avila y el palpar acelerado y entusiasta de nuestros corazones.

Entre murmullo halagador de deferente simpatía, penetra al templo aquel Pedro Murillo, enérgico patriota, de los primeros que en el Alto-Perú, osa ser el apóstol, y la espada de fuego de aquella nueva religión del patriotismo americano: *la libertad!* tan combatida como la sublime del Cristo, y como élla victoriosa del hierro devastador, de las preocupaciones y el martirio. Vienen con él sus severos colegas en la Junta "Tuitiva de los derechos del hombre," y sus infortunados compañeros de lucha, con él sacrificados tras la derrota cruel de Chocaltaya.

Llegan después, los bravos lidiadores de Ayuma y Vilcapugio, que con tan mala suerte disputan la victoria á trueque de la vida; y los que vencen en La Florida y en Aroma; y los que mueren en Viluma; y aquel cura Muñecas, exaltado revolucionario; y Warnes tan osado; y el atrevido Lanza, y Camargo y Padilla.

Luégo aparece Santa Cruz, fiero soldado que se ilustra en Pichincha. Y Velazco, que combate en Junín. Y Ballivián, Portocarrero y Salazar. Y los de la insurrección de Cochabamba, ahogados en la sangre que se prodiga en Huaiqui y Sipesipe. Y el osado Arenales y cuantos tomaron parte activa en la lucha sin tregua á que dio fin una excelsa victoria.

No bien la Gran Colombia, Perú y Bolivia, personificadas en sus más eminentes ciudadanos, habían entrado al Templo de la Gloria y saluda-

do al inmortal Caudillo, cuando nuevos guerreros y otros próceres de la gran causa americana, asoman en varias direcciones guiados por sus prohombres y sus banderas victoriosas.

XVII

Esos que llegan, los primeros, son los del Plata, generosos, que á par que luchan por redimir el suelo patrio, acuden con noble esfuerzo á auxiliar á sus vecinos, como ellos empeñados en ser libres. Los que tramontan con San Martín la abrupta cordillera, vencen en Chile, á quien devuelven la libertad perdida, y combaten en el Perú, constantes y abnegados. Los que siembran, con la suprema audacia del más gallardo de sus héroes, (2) la simiente de la Revolución en el alma indiferente y descuidada de los hijos del Paraguay; y aquellos que de poderosas manos recuperan la codiciada Banda Oriental del Uruguay, y dan á Sur América un nuevo Estado independiente, autónomo.

Presídelos Belgrano, el más conspicuo de sus ilustres hijos, después de San Martín. Un héroe, como pocos, de condiciones varias, á cual más seductora: enérgico, valiente, generoso, ilustrado, candoroso como un adolescente, prudente y reposado como un sabio. Todo entusiasmo, desinterés y poesía, fascinado constantemente por la gloria y por la libertad. El vencedor en Tucumán y en Salta, que á los honores con que le abrumaban sus conciudadanos, contesta, rechazándolos, con esta frase de sencillez suprema y de sin par abnegación: "Yo nada quiero ser".....

(2) Belgrano.

Su presencia produce en el olímpico concurso, agitación simpática y ruidosos aplausos.

Seguidamente llega el Cabildo, que el 21 de mayo de 1810, llamó el pueblo á imponer su dictamen; y los favorecidos para formar la Junta de Gobierno, en sustitución del Virrey. Allí Saavedra, que la preside ufano. Luégo, Azcué-
nega; después, los diputados á la Asamblea de 1813, que establece los símbolos nacionales y declara libres á los hijos de esclavos. Y los del Directorio Ejecutivo, que encabeza Posadas; y Brown, que contribuye eficazmente á la ocupación de Montevideo con la marina que comanda. Y Alvear, Tomás y Martín Puyrredon, que se suceden en el mando de las provincias insurrectas. Y los patriotas, que firmaron el acta solemne de Tucumán. Y el decidido y perseverante Rondeau, á quien ilustran triunfos y derrotas en el Alto Perú. Y el Bayardo Argentino, el bravo De las Heras, cuya espada salva los restos del ejército patriota en la sorpresa de Cancha-Rayada, hiere en Maipú, terrible, vengando el gran desastre, y sola y vencedora se muestra en Gavilán. Vienen después los distinguidos veteranos, Soler, Balcarce, Otero y Paz, tan renombrados. Y Martínez Rodríguez, Montes Larrea, el eminente Rivadavia, García, Viamonte, De La Cruz, López. Dorrego y Aldunate, Guido y Lavalle, de perdurable fama. Y los Castelli, Rodríguez Peña, Moreno, Vietes, Alvarez Condarca y Sarratea, y los que se le escapan á mis ojos, que no al aplauso y el respeto de las generaciones, á quienes dieron patria, independencia y libertad.

XVIII

A los patriotas argentinos, siguen los de mayor relieve en las variadas peripecias de la guerra, en La Banda Oriental, hasta constituirse el Uruguay como Nación independiente; y los arrojados paraguayos, que nacen á la vida de la Revolución, merced al vencimiento de Belgrano, y al armisticio de Tacuarí, que obtiene á expensas del mayor heroísmo, de un enemigo numeroso, pero lleno de admiración y como atónito de tanta valentía. Idea fecunda, la de la libertad, que hasta vencida hace prosélitos de sus mismos contrarios! Y aparecen á las puertas del Templo, Yegros, Ceballos, Caballero, Iturbe, Sarco y Bagarin, como aparecieron en la Junta y Gobierno de la Asunción, en aquella tan corta aurora de libertad republicana, que luégo amengua y oscurece un sombrío Dictador.

XIX

Y Chile, la de la fama de adelantada y culta, aun en la edad primera de su transformación, la del renombre adquirido con sus triunfos, de poderosa y aguerrida, acude á la gloriosa cita representada en sus prestigiosos ciudadanos y egregios capitanes.

Y llega O'Higgins, el primero de sus preclaros hijos, á quien Miranda había iniciado en el secreto de libertar la América; hábil batallador é infatigable, á quien populariza que no humilla, el desastre sangriento de Rancagua; y cuyo nombre suena en Chacabuco como el de los héroes de la Iliada, y crece y se agiganta en la jornada de Maipú.

Y entran con él, Sambrano, Martínez de Aldunate, Márquez, Reina, Rosales, y el esclarecido Juan Martínez de Rosas, iniciadores de la Revolución. Y tras éstos, Calvo Encalada, Juan Aldunate y Benavente; y sus rivales y contrarios en las disensiones intestinas: Mackenna, á quien ilustra su valor sereno, su decisión y sus campañas, y Martín Calvo, Rosas, Marín y Echeverría. Y el gallardo José Miguel Carrera, espíritu aventurero y belicoso, que lucha como desesperado por alcanzar la mayor gloria, y muere frío é impávido como los héroes clásicos. Y sus otros hermanos, valientes aguerridos y como él desventurados. [1] Y Cienfuegos, los distinguidos Eyzaguirre y el eminente Infante. Y Don Julián Uribe. Y el perseverante Zenteno, que amén de triunfos de armas, que le honran, tuvo á gloria mayor sancionar con su firma el Acta de Independencia de la Patria. Y Sañartú y Villegas, sus colegas, en tal merecimiento. Y el esforzado Freites, el brioso Campino y Santiago Aldunate que glorifican con sus hechos el suelo donde nacen. Y Prieto, Viel, los Cruz, Búlnes y Gana, probados en los combates de Chillán, Paso del Maule, Membriillar, El Roble y Quecheraguas, como en las batallas de Yervas-Buenas y San Carlos, y en las más importantes que libra San Martín, y en las campañas del Perú. Y admiro á Lord Cochrane, de altos merecimientos para toda la América. Al ilustrado Pinto, guerrero y diplomático, al honrado Vicuña y aquel Blanco Encalada, dechado de virtudes, tan abnegado como heroico

[1] Los tres Carreras fueron fusilados en Mendoza. El 8 de abril de 1818, Juan José y Luís; y el 4 de setiembre de 1821 José Miguel, el más ilustre de los tres.

en las duras vicisitudes de la guerra, á quien le debe Chile, patria de sus afectos, más de una página gloriosa en donde resplandecen los servicios del experto marino, y del bravo soldado.

XX

No ya del sur invade el Templo crecida masa de guerreros. El gran Imperio Azteca, convertido en República independiente y libre, viene con sus insignes capitanes á la cita inmortal.

Como extraño al respeto que todos le prodigan, y hasta la propia gloria, pero con nimbo refulgente sobre el guerrero casco, entra el anciano Hidalgo, humilde párroco de apartada aldea, que rompiendo con las preocupaciones y la tradición del vasallaje, cede á los generosos sentimientos del amor á la Patria, é inicia la Revolución llamando á misa á sus desprevenidos feligreses, exhórtalos desde la cátedra sagrada, los transforma en soldados, y da con ellos el célebre grito de Dolores. Grito de muerte ó libertad, que recorre veloz la tierra mejicana; que levanta legiones de enardecidos combatientes, crea caudillos, se impone, lucha, vence, decae, torna á crecer y apágase, ahogado en sangre generosa, suena de nuevo, más poderoso y exigente, hace prodigios de energía, de abnegación y de entusiasmo. hiere de muerte á sus contrarios, ó los predispone á las nobles aspiraciones que han de llevarlos hasta aceptar más tarde el victorioso Plan de Iguala, y triunfador al fin, dilátase del uno al otro océano, como la voz solemne de Jehová, anunciando á la Patria de Guatimozin y Moctezuma, la nueva

era de la República, de la independencia y de la libertad.

Sigue al ilustre anciano, á quien no fueron parte á redimir del cruel suplicio, ni su avanzada edad, (1) ni su bravura, el insigne Morelos, tenaz y emprendedor como su antiguo jefe, á quien proclaman como experto caudillo y valeroso, numerosas batallas. Y Guerrero, que prolonga la lucha con poderoso empuje y dura resistencia, hasta ver triunfadora la causa de la emancipación, la de sus sacrificios. Y Matamoros, el vencedor en la célebre jornada del Agua de Quichula. Y Alende, Aldana, Albasolo é Iriarte, de los primeros que se lanzan en la Revolución. Y los de la Junta insurrecta de Jausilla. Y aquel Bravo, tan heroico y magnánimo. Y Lesma, Terán, Rayón, y el padre Torres. Y el brillante Iturbide, á quien no abona la postiza diadema de Emperador que ciñera á su frente, sino los resultados posteriores al renombrado Plan de Iguala. Y los que por los fueros de la libertad y de la democracia conculcados, vuelven y vencen y definitivamente los sancionan. Y los patriotas de Guatemala, El Salvador, Honduras, Nicaragua y Costa Rica, sometidos, por obra de la fatalidad, á duras pruebas y abrumadores sacrificios, antes de conquistar con su heroísmo la apetecida libertad.

XXI

Luego aparecen los reivindicadores de la República, de la honra propia y del derecho americano, en la antigua Española. (2)

[1] Hidalgo fue fusilado en Chihuahua, el 1º de agosto de 1811, á los 78 años de edad.

[2] Santo Domingo.

Los que olvidados en solitarias huesas duermen en Cuba el sueño de los héroes, y esperan con la justicia de la Historia, su bien ganado título á la inmortalidad: Abnegados patriotas! intrepidísimos guerreros!.....y para mí, no pocos, pedazos del corazón, nobles amigos, sacrificados en la flor de los años!.....

Cierra la entrada de tan preclaros próceres en el recinto augusto de la gloria, el generoso amigo de Bolívar, en las horas de prueba de la adversidad y el desaliento: el ilustre Petión, á quien en nombre de Venezuela, de sus instituciones y sus glorias, hemos de protestar eternamente nuestra sincera gratitud, y á quien acogen, entre los inmortales, aclamaciones entusiasmadas y demostraciones fervorosas de merecida simpatía.

El áurea trompa de la Fama cesa de resonar en las torres del Templo. Todos están allí: los que la gloria ambicionaron y tras élla corrieron poseídos de generoso aturdimiento; los que á la patria no le excusaron sacrificios, y reposo, fortuna, privilegios, inteligencia y sangre le ofrendaron; los que nos dieron independencia, gloria, derechos y puésto distinguido en el Senado de las naciones cultas, de los pueblos civilizados.

Todos están presentes: no faltan ni los contritos peregrinos al santuario del Héroe, en cumplimiento de la ley fatal que nos condena á la expiación de graves faltas. Sólo demoran los de la última trascendental jornada, los que en las faldas del fulminante Cundurcunca, nos vela aún espesa nube misteriosa, surcada de relámpagos.

CUADRO IV

LA GRAN VISIÓN

I

A medida que llegan á la gloriosa cita nuestros ilustres próceres, desde el magnate de prestigiosa ejecutoria, hasta el soldado humilde y el labriego sin nombre y olvidados; dilátanse los ámbitos del Templo y la espaciosa plaza para darles cabida, y todo crece, se magnifica y se transforma. A la grosera piedra y la humilde argamasa, las sustituye el blanco mármol del Pentélico, tallado, como de antiguo, por el cincel de Phidias, en profusos relieves alegóricos, bustos y estatuas de divinidades mitológicas, y emblemas adecuados á la magnificencia y majestad que adquiere por instantes el transformado monumento. Y no aturdido ya sino más bien embelezado, contemplo cómo se abultan, se agigantan y suben las monolíticas columnas que sostienen el rico artesonado de las naves, que soportan la suntuosa cúpula; cómo esta se eleva hasta perderse en prodigiosa altura, rayana al sol que me deslumbra; cómo el espeso muro, de base poderosa, se diafaniza como vapor

ligero, desaparece y deja ver por todos lados espacios infinitos; y cómo, en fin, el mismo suelo donde se asienta tan grandioso edificio: moderno Partenón, de proporciones colosales, que no alcanzaron á idear ni el genio ni la osadía de Calicartes y de Ictinos, se levanta á su vez, asciende pausadamente y sobrepasa las cercanas colinas, la elevada montaña, la erguida cumbre de la Silla en el dorso del Avila, y supera los nevados de Mérida, el imponente Chimborazo y los picos más culminantes de Los Andes, que veo á mis pies, al par del Continente, del uno al otro océano, desde la sierra de Arizona en el extremo Méjico, hasta el volcán de Apaca en la Tierra del Fuego.

II

Desde la altura prodigiosa de aquel soberbio Acrópolis que domina la América, qué inmensidad! qué vasto panorama! qué circo máximo del heroísmo patrio, se le ofrece á mis ojos! Esa la liza inmensurable donde hubo de decidirse en sangriento torneo, aquel terrible *Juicio de Dios* tan disputado, entre La Libertad y El Despotismo, que dió toda la gloria á la República. Qué mayor campo para la cruenta lucha! Y allí estaba á mis piés, y lo que es más extraordinario todavía, al alcance natural de mis sentidos, tanto en sus grandes masas, como en sus más pequeños pormenores.

Así, de aquel como grandioso estrado de los héroes, en el inmenso teatro de sus propias proezas, abarca el brillantísimo concurso á dominar toda la América, escenario infinito donde á la vez se reproducen cuantos sucesos ocu-

rieron desde el principio de la Revolución, hasta la fecha histórica y gloriosa del culminante desenlace de la épica tragedia. Allí de sus victorias y desastres la escena viva, el episodio palpitante, atrae las ávidas miradas, los corazones todos henchidos de entusiasmo. Revivir en la obra que glorifica y enaltece, cuánta satisfacción! Y ellos la tienen.

Al norte la cruenta lucha que iluminan los penachos de llamas del Popocatepelt, el Orizaba y el Nevado de Toluca, donde se fijan con orgullo los ojos del victorioso Hidalgo y de sus compañeros de aventura. Y el mar azul que surcan nuestras escasas naves con Miranda y la flota española. Y las verdes antillas, canastillos de flores y ramilletes de palmeras, esparcidos entre las espumas del Caribe, salpicadas de generosa sangre. Luego el Istmo, cintura de la América, límite de Colombia; y la estendida costa donde braman las tumultuosas olas, reproduciendo el ardimiento de la fulminante Cartagena, el estampido del cañón en los choques navales de Punta de Palma y Maracaibo; el trueno de la fusilería en las playas de Coro, Puerto Cabello y Ocumare; el grito de independendia, lanzado como reto de muerte en las faldas del Avila, donde nace Bolívar; y el eco adolorido de la aterrada emigración de 1814, (1) que se arrastra, en demanda de la vida, camino del Oriente.

III

Allá, no obstante, Aragua de Barcelona, destrozado palenque, convertido en vasto cementerio;

[1] El autor, á propósito, no sigue en esta enumeración la cronología de los hechos históricos, sino que se fija en las distancias á que se hallan los lugares citados, vistos desde Caracas.

El Salado, una charca de sangre; Margarita, fragua ciclópea, donde se forjan rayos para los grandes héroes; Maturín, tres veces vencedora y á la postre acuchillada; y Urica una hecatombe.

Luégo las selvas; el Orinoco majestuoso; San Félix, donde reviven desfallecientes esperanzas; y la estratégica Angostura, baluarte poderoso, que luégo de adquirido, mantiene á la Revolución firme y amenazante.

Si al occidente tornamos la mirada, lo primero que nos hiere los ojos es la explosión de San Mateo, con el sacrificio de Ricaurte. Mas lejos, La Victoria, corona de relámpagos que ciñe la cabeza de Ribas. Y Valencia, por dos veces heroica. Araure una protesta, al lúgubre clamor y al vencimiento de Barquisimeto y de Bobare. Vigirima, gloriosa escuela práctica donde imberbes adolescentes aprenden á morir por la patria. Bárbula, soberbio pedestal donde se ostenta un héroe. Las Trincheras, una justa venganza. Carabobo, el remate sublime de la tragedia griega cantada por Homero. La Puerta, osario inmenso donde blanquean los restos insepultos, los despojos de tres rudos combates. Y Trujillo, la cima en donde vibra el rayo del audaz desaffo, de las terribles represalias.

Al sur, la sucesión no interrumpida de brillantes combates, los más al arma blanca: intrépidos alardes de sin igual pujanza, y atrevimientos singulares, donde relampaguean como centellas, haces de lanzas prodigiosos que ora deslumbran en el Yagual y Mucuritas, ora en La Miel y Las Queseras. Aun más al sur, las huellas de una inmortal campaña; las extendidas y anegadas pampas del Apure, de Arauca y Casanare; los empinados montes; los desolados

páramos; el Pisba envuelto en su manto de escarcha, sombrío y amenazante; y Pantano de Vargas, una hondonada que reboza de sangre; y Boyacá, iris halagador de innúmeras promesas.

Más allá, Calibío, Tacines y Alto y Bajo Palacé, que repercuten las protestas del derecho y de la libertad contra el impuesto despotismo. Yaguachi, una estocada á fondo en el corazón del enemigo. Bomboná, asalto desesperado de Titanes, en que hasta los vencedores sudan sangre. Guachi, celada cruel de donde sólo escapan los afortunados. Riobamba, el desquite de la infausta aventura. Y Pichincha, el pavés, donde aparece ya con casco de oro y espada de fuego, el héroe afortunado que ha de cerrar nuestra epopeya con la más grande y trascendental de sus victorias.

IV

Después del Ecuador y sus montañas humeantes: Cotopaxi, Sangai y Tunguragua; y la soberbia y cana frente del empinado Chimborazo, que holló la planta audaz de aquel otro gigante, vencedor de imposibles, que se llamó Bolívar; dilátase el poderoso Marañón, como una extensa faja de acero refulgente, entre las negras selvas del Brasil y las soledades infinitas, hasta morir venciendo en el Atlántico las olas formidables que le cierran el paso. Y diviso los Andes del Perú, poblados de trágicas leyendas, donde el cóndor anida, y soberano del espacio se cierne en las alturas. Allá el templo del Sol, abatido santuario; y el renombrado Cerro de Pasco, donde se dieron cita el ardimiento y la osadía; y Mamacona, un oscuro desastre; Tarata, otro funesto golpe; Junín, furio-

so choque y formidable, de tumultuosas lanzas, como de tiempos mitológicos; el Callao, la negra pesadilla de los independientes; y Corpahuaico ó Matará, desgarradora espina que labra los hijares del león al entrar en combate, y le sirve como de espuela á su pujanza.

V

Más al Sur todavía, la encarnizada brega que contemplan, desde las cimas del Ilimani y el Sorata, los manes de los Incas y de las tribus aborígenes. Y el Titicaca, la misteriosa cuna de los hijos del Sol. Y las nieves perpetuas, por donde se abren paso los libertadores, para auxiliarse mutuamente, enrojecidas con su sangre.

Aun más al Sur, la cadena no interrumpida de peñascos, nevados picos y volcanes que desafían el cielo, extendida á lo largo de Chile y de la indómita Araucania: El temido Aconcagua, el Chillán, Copiapó, Villarica, Osorno y Tucupal..... Aquella acometida de leones al tramontar la cordillera, es Chacabuco. Rancagua, aquella infausta resistencia donde muere un ejército. Gritos de triunfo son Membrillar, San Carlos, Hierbas-Buenas. Cancha-Rayada, no se oculta, es una negra sombra. Y Maipú, la esplendente llanura, en donde mano experta y poderosa, mueve el ariete que echa por tierra los pesados muros de secular dominación.

En el opuesto mar, la ría del Plata majestuoso, donde extranjeras naves combaten ó amenazan; y la anchurosa pampa, abierta liza de ruidosa pelea. San Lorenzo, el bautismo de sangre de los granaderos de San Martín. Tucumán, doblemente gloriosa; y Salta, donde se ostenta un gran trofeo.

Luégo, siempre hacia el Sur, la costa del Atlántico bravía como sus moradores y sus olas. La desierta y callada Patagonia. El estrecho famoso, que lleva el nombre de su inmortal descubridor. La desolada Tierra-del-Fuego y su volcán de Apaca. Los repetidos archipiélagos sembrados de bancos movedizos y de escollos. Las rocas esparcidas en el extremo austral del continente, como mónstruos marinos hartos y soñolientos. El Cabo de Hornos, combatido por encrespadas olas, que hacia el Sur se adelanta con porfiada insistencia, cual si aspirase en su osadía á hender el mar profundo y unir al Polo la tierra americana.

Y allá, muy lejos, si volvemos al Setentrion los asombrados ojos, una Aurora Boreal se nos presenta, coronando la excelsa sombra del padre de la República del Norte, cuya diestra extendida hacia Bolívar y sus egregios compañeros, les ofrece una palma de luz resplandeciente, que todos admiramos.

VI

Qué cuadro más espléndido! ; Dónde mayor inmensidad favorecida por tan violentos y opuestos contrastes! El Sur oscuro en su remota extremidad y el Norte luminoso. El cielo azul, sereno, y las espesas brumas, las negras sombras y la misteriosa agitación de los abismos y los bosques. La cumbre inmaculada, donde el sol quiebra sus ardientes rayos en la virgen blancura de la nieve, y las verdes campiñas regadas con el sudor del cuerpo y cultivadas por amor á la vida. La tempestad, terrible y bulliciosa en las llanuras, y la quietud silente de los nevados picos en las altas regiones de la atmósfera. Ríos gi-

gantescos que ahondan en la tierra, y lagos transparentes que se ocultan en el regazo de las nubes. Torrentes que remedan los retumbos del trueno, y las pasiones de los hombres, y arroyos cristalinos que murmuran, como dulcísimas plégarias. Mares, que ora revuelcan sus apacibles olas, como corderos blancos, en las arenas de la playa, ora golpean con furia los escollos, y la inmóvil, serena cresta de los Andes, dentada de volcanes, donde silban los vientos que alborotan las olas. Y el fuego de los conquistadores, que luégo de vencer se les apaga y se dejan dominar por la molicie, aún más que por el oro. Y los vencidos Incas, postrados de humillación y asombrados. Y los hijos de aquellos capitanes, de imponderable valentía, que le dieron á España el Nuevo Mundo, á su vez reprimidos por leyes opresoras y la mano de hierro de los orgullosos Virreyes. Y la libertad y el despotismo librando enardecidos la última batalla que ha de afianzar la independencia del vasto continente. Y allí, cuántos esfuerzos combinó el saber, la inteligencia y la osadía. Allí las tempestuosas y ocultas sociedades patrióticas, las Juntas y Congresos, con sus tribunos de ocasión y sus elocuentes oradores; y el pueblo ora abatido ó exaltado. Y las grandes agitaciones del encono político, de las aspiraciones y la ambición sin valla. La trabajosa marcha de los asuntos del Estado, dirigido á las veces por inexpertas manos, ó mal intencionados procederes. Y las fiestas conmemorativas de las grandes etapas de la Revolución, y las catástrofes, la desesperación y el vencimiento.

Todo se ve á la vez y al propio tiempo; y éste trascurre, pasa y deja, en el cuadro inmortal, huella profunda.

VII

Inclínase en el soberbio Acrópolis, el brillante concurso que lo puebla, sobre la tierra amada, para seguir, con ojos anhelantes, las múltiples escenas de aquella vida tempestuosa que ellos vivieron, y en la que se esforzaron por alcanzar alto renombre, y también las etapas venturosas ó tristes de la magna epopeya y la Revolución. Y ávidos de emociones y deslumbramientos de gloria, así como inspirados en el más puro sentimiento de abnegación y de justicia, buscan por todas partes con inquieta mirada para galardonar con sus aplausos, á los héroes del postrimero esfuerzo que aun no han logrado ver; y no encontrándolos, exclaman todos como una sola voz:

—Oh! Sucre! Sucre! ¿En dónde estás? ¿Por qué te ocultas á nuestra admiración?

Y, otra voz poderosa, la del Libertador, contesta al punto:

—Allí; en la cumbre de la grandeza humana, envuelto entre los resplandores de la gloria.

Todos se fijan en la dirección que les indica el extendido brazo y la diestra del Héroe, y todos ven rasgarse la nube misteriosa surcada de relámpagos, que hasta entonces había ocultado á nuestros ojos el fulminante Cundurcunca; y aparece el inmortal palenque, el campo resplandeciente de Ayacucho.

CUADRO V

—
APOTEÓISIS

I

Como vistoso manto de púrpura y azul, recamado de oro y reluciente acero, luce extendido con arte peregrino en la falda del monte, el poderoso ejército español, de gala aderezado para entrar en combate. Mientras que en la llanura, de sol bañados y de altivez sublime poseídos, se ven los patrios adalides, con su modesto arreo, prestos á combatir.

Orden suprema, emanada del genio que dirige el todo múltiple de la cruenta labor, había alcanzado en su brillante retirada al Ejército Unido, á quien le manda con rara previsión detenerse á pelear. Y Sucre se detiene: desenvaina la espada que resplandece con sin igual fulgor, y es Ayacucho, y empieza la batalla.

Jamás tanto ardimiento, más coraje y pericia mayor. A la bravura hispana, oponen nuestras huestes, la bravura española y la fiereza de la raza nativa en las nuevas generaciones, cuya sangre, recalentada por el sol de los trópicos, corre en las venas con extrema violencia.

Ruge el cañón. La tempestad de la batalla crece en fragor, en zaña, en ardimiento: fulmina rayos que aterran batallones; siembra por todas partes, desolación, venganza, espanto, estrago, y prolonga su voz atronadora del uno al otro extremo de los Andes, como el postrer bramido de rabia y de despecho que se le escapa al león soberbio de Castilla, con la presa que oprime entre sus garras.

II

En tan ruda jornada, Sucre se empina y se excede á sí mismo. Prevalece su voz sobre el estruendo de la recia embestida. Su voluntad impera. Con gesto dominador, azuza y lleva al fuego sus escasas legiones, ó las refrena para darles aliento. No desmaya un instante, ni pierde en el mayor conflicto su olímpica serenidad y la expresión afable de su rostro, en donde se refleja la nobleza de su gran corazón. No airado blande la terrible espada del ángel de Ezequías. Sube más alto, él no aspira á destruir, sino á hacer libres.

Y nadie, empero, comprende como él, el instante supremo en que se encuentra; la importancia trascendental para la América de vencer en aquella jornada..... Si triunfa, el término de la batalla que pelea, es el remate de nuestra guerra con España; la consolidación de todos los esfuerzos de quince años de lucha; la independencia del patrio suelo, definitivamente asegurada; la República y la libertad por siempre soberanas en la vasta región del Nuevo Mundo; y las múltiples glorias de Colombia, la suya propia, la del Libertador, realzadas hasta el mayor

nivel que haya alcanzado hombre alguno ó nación con su genio y su espada. Por el contrario, si adversa le es la suerte, qué catástrofe más estrepitosa! qué ruina! qué baldón! Los más nobles esfuerzos soterrados; los propósitos más generosos y más santos, desconocidos ó tergiversados con acerba impiedad; la envidia satisfecha, y de plácemes, todas las mezquindades de las almas innobles, tras la careta de hipócrita prudencia y de exaltado amor patrio. La guerra ya sin término y de nuevo encendida con mayor ardimiento, y más sangre, más luto y más estragos. Las armas españolas preponderando en el Perú y amenazando á Chile, á la Argentina y á Colombia, con los poderosos refuerzos que habrían de suministrarle con el terror del vencimiento, la anarquía, el desencanto y las traiciones, amén de los que le vinieran de ultramar. El Libertador, aislado de los suyos, cogido entre las redes de pérfidas intrigas, tumultuosas facciones y menguados partidos que ya se señalaban, debatiéndose con desesperación y haciéndolo frente al propio tiempo, sin tropas ni recursos, á un enemigo formidable, que lo amaga, lo oprime, lo fatiga y lo repele al fin á las fronteras de Colombia, empequeñecido en su gloria, frustrada la colosal empresa, y donde le esperaba lo que á todos los que descienden de supremas alturas: rivalidades ruines, crueldad, odio, venganza, la más completa ausencia de la justicia, para fallar respecto de sus procederes y sus actos, los menos criticables, y por añadidura, la jauría alborotada, el enjambre rabioso de las exigentes medianías, ávidas de poder, ciegas de encono, que abofetean á Cristo, si es necesario, para alcanzar sus fines.

III

No se le escapa á Sucre lo grave de la situación, lo arduo de la empresa. Y sin embargo, su levantado espíritu que nada amenguar puede, se inflama ante las faces antitéticas del cuadro que su imaginación le representa, y crece en bríos, en penetración, poder intelectual y valentía. Y si la voz de las responsabilidades que tanto lo engrandecen, le murmura al oído:—Aventurado cumanés, arriesgas en este instante la suerte de la Patria y la de un mundo! El le replica, dándole rienda suelta á los fogosos ímpetus de su corcel de guerra:

—A vencer pues! que es necesario y así lo quiere Dios!

Y refuerza al impertérrito Lamar que, á pie firme resiste con la hueste peruana, menor de por mitad que su contrária, las repetidas cargas de Valdez, embates de formidable marejada, contra muro de rocas. Y espía el instante favorable de acometer con todo empeño. Y llega aquél, propicio y oportuno, después de una hora larga de sostenido fuego, con el descenso á la llanada de las divisiones de Villalobos y Monet, estacionarias hasta entonces en el recuesto de la montaña, tras de las quiebras del terreno, de donde fulminaban á mansalva; y la bajada rápida de varios escuadrones de jinetes, con los caballos de la brida, á tiempo que fijada la batería del centro, por el propio Virrey, en posición más ventajosa á sus intentos, rompe certeros fuegos que acribillan á nuestros batallones.

Sucre acoge con júbilo la esperada oportunidad que le presenta el enemigo, no la deja escapar, y ordena á Córdoba acometer de firme y dominar la altura.

IV

Y aquel predestinado á la excelsitud de altísimo renombre, que ya produce como irradiaciones; aquel Córdoba audaz, Apolo y Marte juntamente, que hasta entonces nervioso y no avenido con su inmovilidad en la batalla, tasca impaciente el freno de la obediencia militar; aguija al punto el fiero bruto enardecido, se empina en los estribos, adquiere proporciones de gigante, y arenga á sus soldados, como Sucre lo hiciera con todos los cuerpos del ejército al comenzar la lucha. Luégo se pone á la cabeza de sus compactos batallones, saluda con el sombrero y con la espada el campo de la ensañada lid, y se lanza al combate gritando con voz de trueno á los agueridos colombianos: *Armas á discreción! Paso de vencedores!*

Y choca contra las bayonetas españolas y las lanzas del escuadrón "San Carlos," que se le enfrenta; escuadrón éste que va á estrellarse en el muro de acero que le opone el "Pichincha," de propio movimiento formado en cuadro resistente. Y trepa el agria cuesta, mientras los otros escuadrones de la caballería peninsular, que pasan entre "Pichincha" y los "Voltígeros," van á medir sus armas con los Húsares de Colombia, que manda aquel Laurencio Silva, de singular intrepidez, á quien todos distinguen por la manta escarlata, por el insigne apodo de *la gloriosa lanza de Junín.*

V

Entonces fue el estruendo y la brega mayor: caballos y jinetes se encuentran, se hieren, se encabritan; revuélvense furiosos y tornan á cho-

carse, dejando el campo cubierto de cadáveres. Córdoba empuja con su ardor indomable el "Bogotá" descuartizado, que dirige Galindo, todo un bravo; el "Pichincha" sangriento, con el valiente Leal á la cabeza; y el terrible "Voltígeros" que Gúas, su enardecido comandante, azuza á la venganza; mientras "Caracas," con supremo heroísmo, se defiende solo, fiado en su jefe León que le da aliento y que, á poco sucumbe. Y Lara, experto en cien batallas, después de haber enviado á "Vencedor," con el brioso Luques, á reforzar la División peruana, contiene los belicosos ímpetus de Sandes y de Morán, y de sus respectivos batallones "Rifles" y "Vargas" que ansían por tomar parte en la brillante acometida, y espera el instante oportuno de ir á apoyar con la reserva al más necesitado. Y Lamar firme, sin cederle á Valdez un palmo del terreno que sostienen Otero, González, Benavides y Plaza. Y Miller, con la caballería republicana, "Húsares de Junín" que guía Isidoro Suárez, admirable; y los escuadrones peruanos de Blanco, Bruix y Olavarría, que se mueven ya en masa para emprender la formidable carga. Y Silva, Herrán, Carvajal, Cruz Paredes y el denodado Zurbarán, que arremeten frenéticos con sus caballos impetuosos.

Todo es fragor, y confusión, y muerte; con el silbido de las balas y las vibrantes notas del clarín y de las músicas marciales, mézclase el trueno de la fusilería, el galopar de los caballos y los retumbos del cañón, lentos y atronadores. Y ya no se distinguen bajo el hálito espeso del combate, sino compactas masas que se mueven, vacilan, se apresuran, chocan con otras semejantes en la misma llanada, en las faldas del monte; bajan y suben presurosas el recuesto empinado del cam-

po real, donde fulguran las bayonetas y las picas; y luce, entre el revuelto torbellino, aquella manta roja, distintivo de pujante guerrero, que, cual nube de llamas vuela veloz, se agita en vertiginoso movimiento, detiéndose á las veces, torna á girar en varias direcciones despidiendo relámpagos y fulminando rayos, hasta que pliega al fin el raudo vuelo y cae gallardamente, desgarrada á lanzazos, que recibe en el pecho el inmortal llanero. ¡Oh Silva! Si Junín pregona tu bravura, Ayacucho le da á tu nombre el esplendor de los héroes de Homero!

Confiado en la victoria que mira ya surgir de los relámpagos de nuestras armas ascendentes, concierta Sucre todo el esfuerzo de sus tropas sobre la cuesta disputada, donde el Virrey La Serna lucha en persona, al frente de su guardia, tratando de conjurar con gran denuedo la inminente catástrofe.

VI

Aquella altura, para el héroe venezolano, es cual otro Sinaí; es el monte sagrado donde deben fijarse para siempre las tablas de la ley: código excelso de la América hispana, dictado por la República desde la cima de sus triunfos, en resguardo de los derechos del hombre y de la humanidad.

A las patrias instituciones sólo falta la consagración de aquel último esfuerzo la luz suprema que ha de darle tan esclarecida victoria. Y allí la alta montaña que ha de quedar flameante en la memoria de nuestras sucesivas generaciones; allí la zarza ardiente, y el terror sagrado.

A semejante consideración nada resiste. En vano el ardimiento temerario y la porfiada valentía de la ibérica raza, opone á nuestras armas desesperada resistencia; en vano el renombrado Conde de Los Andes, don José de La Serna, el intrépido Canterac, el célebre Valdéz, y Monett, Villalobos, Carratalá, Vedolla, Gamba, y mil y más valerosísimos soldados, hacen prodigios de bravura y de tenaz y extraordinaria fortaleza; todo cede y se abate al poderoso empuje de nuestros batallones. Córdoba, el huracán furioso de la cruenta jornada, cambia de frente por orden superior, vuela entre granizadas de metralla, se une á Lamar, y apoyado por Miller y su caballería, arrolla y desbarata el ala de Valdéz; mientras que Lara trepa con "Rifles," entre violentas llamas, el formidable Cundurcunca, siembra espanto y terror en todas partes, y asciende hasta la cumbre tempestuosa llevando en sus banderas las glorias de la patria, iris deslumbrador en tan alta victoria.

Luégo, al estruendo de las armas en la recia batalla, la generosidad del vencedor, aun más ruidosa, porque no muere con la explosión que agita el aire en un instante, sino que sigue resonando en todo noble corazón, llevada por las alas de la historia al través de los tiempos.

Y todo el ejército español, vencido y prisionero.

Para cuantos contemplábamos, con el alma anhelante, aquel cuadro de sublime esplendor, viva reproducción del más trascendental de nuestros grandes triunfos, fue la escena final como un deslumbramiento; nadie la pudo ver entre tan ofuscañte claridad, y pasó como esos meteoros rapidísimos que sorprenden, iluminan y pasman.

A los aplausos prodigados en los primeros choques, y á las primeras impresiones de férvido entusiasmo, que despertara la batalla, había seguido el profundo silencio, la estática inmovilidad, que impone siempre lo verdaderamente grande en las obras del hombre, como lo verdaderamente excelso en las obras de Dios. Nuestra sensibilidad profundamente herida no tuvo cómo expresar lo que sintiera. Y pasó largo rato; y después, como un soplo reparador del ánimo ofuscado, se oyó la voz de singular heraldo que decía:—Ya viene el vencedor!

VII

Manifiéstase entonces nueva emoción, pero esta vez de júbilo, en el agitadísimo concurso. Todos ansían por ver llegar los héroes, retardados á la cita inmortal; todos aspiran, ardiendo en generosos sentimientos, en hidalgos propósitos, á galardonar de modo extraordinario al insigne adalid que fija en Ayacucho el deseado término de la guerra sangrienta, cierra el templo de Jano abierto durante quince años, y viene á unirse á sus compañeros de sacrificios y de glorias, sin sospechar siquiera en su modestia, que cuanto allí ha de ver se ha dispuesto en su obsequio y para honrarle.

Prolongado redoble de tambores anuncia al fin la presencia de Sucre y sus valerosísimos tenientes. Suenan todas las músicas de los diversos y numerosos cuerpos estacionados á la entrada del Templo. Todos los regimientos de la antigua Colombia, del Perú, de Bolivia, le presentan las armas al sorprendido vencedor. Las banderas gloriosas, nobles enseñas de las Repúblicas, de la América

libre, é inmensa profusión de matizadas grímpolas de reluciente seda, flamean en el espacio como las llamas de poderoso incendio, ó cual revueltas olas, de distintos colores, de alborotado mar. Déjase oír, solemne, el estampido del cañón, como si fuera el eco de Ayacucho resonando en las bóvedas del Templo. Fórmanse en alas, en el interior del edificio, los guerreros todos que lo pueblan, presididos por el Libertador, que allá en el fondo de la nave, de pie y erguido entre Miranda y San Martín, con quienes comparte la gran supremacía de aquel divino Olimpo, se divisa imponente como el Zeus griego en el concurso de los dioses. Y todas las espadas se desnudan y aparecen como rayos de fuego que alzan al cielo vigorosos brazos. Y un sólo vóctor, inmenso, poderoso, lanzado por un millón de voces entusiastas, acoge la presencia del inmortal guerrero.

Sucre penetra en el augusto Templo, donde se pone á prueba su ingénita modestia, con aquella incomparable serenidad de ánimo y sencillez antigua, que lo distinguió siempre. Y entran con él, el rostro enrojecido y empolvado el arnés, cual si vinieran en realidad de reñir la batalla, Lamar, Gamarra, Córdoba, Lara, Miller, Silva y Carvajal, y cuantos se ilustraron en la insigne jornada.

Asombrado el invicto guerrero de hallarse en tan soberbia Acrópolis, dominador de un mundo, no solamente con el Libertador, sino con todos sus compañeros de armas, y los egregios próceres de la América hispana, no se le ocurre cuál puede ser la causa de aquella reunión extraordinaria, de aquella suntuosidad no imaginada, ni el primordial objeto de aquella cita singular á la que ha concurrido

violentado por una fuerza superior á su voluntad y á su modestia. Y en vano busca, inquiere é interroga con ansiosa mirada, la causa que no encuentra y que no se le alcanza de tal congregación; y sólo cuando Bolívar, profundamente conmovido, lo estrecha contra su corazón, es cuando divisa la fecha clásica de la más alta de sus glorias, escrita con el fuego del cielo y en caracteres como soles, en el arco toral del monumento.

Entonces, todo lo comprende, y palidece y dobla la cerviz, que jamás pudo hacerle inclinar fuerza ninguna, y ahoga en el noble seno del Héroe y del amigo, la tempestad de inmensurables sensaciones que lo embarga y domina.

VIII

De nuevo irguióse el Libertador con suprema altivez, y silencio solemne imperó en el recinto.

—Ven, dice dirigiéndose al primero y más leal de sus Tenientes: ven y recibe con la gratitud de las naciones libres del mundo de Colón, la merecida recompensa á tu labor insigne.

Lo que fuiste para la independendencia y libertad de América, está escrito de manera imborrable en los fastos gloriosos de nuestra patria historia. Lo que para mí eras, bien lo sabes. Mientras viviste no temí por mi obra, al yo desaparecer, me veía reemplazado, y con ventaja, al frente de los negocios públicos, por tus grandes virtudes. Así, la bala cruel que te hirió el corazón mató á Colombia y me quitó la vida y la esperanza.....

Como soldado, fuiste la Victoria: como magistrado, la Justicia: como ciudadano, el patriotismo: como vencedor la clemencia; y como amigo la lealtad! Ella, no obstante, aceleró tus días y fue la única falta que te pudieron enros-

trar. Feliz oh tú! á quien por toda mancha se le imputa una excelsa virtud.

Vivirás en la memoria de los hombres mientras existan nobles corazones y tengan culto nuestros grandes esfuerzos, y la República, la libertad, la independendencia sean respetadas en América, ó las olas del mar no hayan cubierto la cima de los Andes. Y vivirá tu nombre esclarecido como un ejemplo halagador del patrio orgullo, y á la vez como un remordimiento imposible de expiar sino imitándote.....

Tú fuiste el ángel bueno, en medio de las agitaciones tempestuosas de las pasiones todas soliviantadas por la lucha, los repartimientos de la gloria, la envidia triste y la ambición desatentada; y para honra tuya, y nuestra y de la América, serás nuestra protesta y nuestra absolución.

Qué hicimos bien en rebelarnos, en conquistar la independendencia y libertad del suelo en que nacimos ¿puede ponerse en duda? Yo tornaríá á emprender la gloriosa cruzada, tranquila la conciencia y ardiendo el corazón en el fuego sagrado de los nobles intentos. Si nuestra posteridad no ha sabido corresponder á tantos sacrificios, suya es la falta que no nuestra.

Y tomando la corona de mármol que dejara en el sócalo del grandioso Sarcófago, la que en sus manos se transforma en manojos de luz, continúa, dirigiéndose á Sucre:

—Te doy cuanto poseo: esta corona de inestimable precio forjada en cien batallas con el fuego de nuestros corazones y el acero de nuestras bayonetas, de nuestras lanzas y de nuestras espadas. Cada uno de sus múltiples laureles corresponde á un esfuerzo supremo, á una cruenta victoria, á un sacrificio consumado. Y si quiero generalizar el pen-

samiento, diré: hé aquí á Maipú, Tucumán, La Albondiga (1) y Carabobo, Boyacá, Pichincha, Junín y Ayacucho, en que se simbolizan todos nuestros esfuerzos, nuestros sacrificios, nuestra gloria.

Esta corona, auréola de la inmortalidad, te pertenece y en nombre de la gran patria americana y de la gran familia de sus libertadores aquí presentes para honrarte, la colocamos en tu frente, con nuestras propias manos: el eximio Miranda, que soñó el primero nuestra emancipación y fue ferviente apóstol de la Libertad en ambos mundos; el esclarecido San Martín, protector ilustre y abnegado de todo generoso y noble intento; y yo, que con la espada de Colombia golpée el bronce inmortal de todas las resonancias de la gloria, hice pedazos las cadenas que aprisionaban pueblos y naciones, y afiancé, de modo inconmovible, la independencia del suelo americano.....

Para tu gloria, lo tienes todo ya, lo que te falta, sólo á Dios le corresponde darlo !.....

Y vosotros, compañeros de armas, campeones de la libertad, ilustres ciudadanos de la libre é independiente América, que habéis querido honraros viniendo á enaltecer esta apoteosis, digna de entrambos: del Abel de Colombia, y de vosotros; unámos hoy nuestros fervientes votos, como unimos ayer nuestras espadas, y pidámosle al Gran Dispensador de todos los favores, proteja nuestra obra é inspire á las generaciones que hayan de sucedernos, el amor á la Patria y las virtudes que fueron necesarias para elevar á dogma los derechos del hombre, á ley nuestras conquistas. Que no

(1) Albondiga de Granadillos, Méjico. Combate ganado por Hidalgo.

repita la posteridad la frase cruel que en un instante de suprema tristeza y de dolor profundo se me escapó del alma: *¡Aramos en el mar!*.....

Calló la voz solemne que llenara el recinto; pero el eco de las naves continúa repitiendo, no obstante, con prolongada resonancia, la última frase de aquella arenga olímpica: *Aramos en el mar!* Y la inmortal corona de la gloria ciñe las sienes del vencedor de Ayacucho.....

.....

Luégo, y casi al punto, atenuación de luz; cordial abrazo entre guerreros que han combatido por una misma causa; agitado murmullo de voces y palabras cambiadas con efusión y entusiasmo; rumor de pasos que se alejan; silencio, oscuridad, nada..... misterio! Tales las últimas escenas y los postreros ruidos que llenaron el Templo.

CUADRO VI

—
DESPUÉS

I

Qué mutación ! qué cambio !

La intensa claridad que iluminara, no sólo el gran recinto, sino toda la América visible hacía un instante á nuestros ojos, había pasado gradualmente del mayor esplendor á remiso crepúsculo y á lóbrega noche; en la que apenas se divisan los penachos de fuego de los inflamados volcanes, semejantes á gigantescos fúnebres blandones, cabe el lecho de muerte de un glorioso pasado..... Y aquellos mismos resplandores no aparecen empero, sino á cortos intervalos, para dejarme ver en la mayor oscuridad, cómo se'amen-gua todo ! Cómo la altura á que ascendimos se transforma en abismo, torna á su sér la piedra bruta y la humilde argamasa, y todo se empequeñece y se rebaja al nivel ordinario ! Cómo se agitan en las sombras los siniestros puñales prestos á perpetrar horrible parricidio ! Cómo cae, por mano aleve herido, *como corpo morto cade*, aquel justo, aquel héroe, á quien nadie le niega

hoy una alabanza! Y cómo, en fin, se extingue aquella excelsa aurora de perdurable gloria, que surge, como por encanto, de la noche triste de la colonia, para sepultarse en breve plazo en otra noche aún más profunda y más desventurada!.....

Un tenue rayo de la luz matinal, la verdadera luz del día que nace, se filtra por entre el velo espeso de las sombras, al través de oculta claraboya, en el interior del edificio. Y me veo solo, completamente solo, en el Templo desierto, y casi tengo miedo. Allá en el fondo de la nave blanquea la estatua del Libertador, pálido espectro en un solio de mármol. Acá y en todas partes las losas sepulcrales, con los nombres de los allí sepultos. Y qué triste y desconsolador el ámbito vacío de lo que fuera trono de luz y gloria de inmortales, hacía sólo un instante. Qué frío el silencio aquél, inalterable! Qué soledad, aquella soledad!

Quedo, muy quedo, cual si temiera despertar de nuevo aquellos muertos, me dirijo al postigo que me había dado entrada, abro sin ruido la cerrada hoja y me lanzo á la plaza, donde el Sol que despunta en las cumbres del Avila, me produce una impresión mayor de espanto y frialdad que las calladas sombras que dejaba en el Templo.

Todo duerme en la silenciosa ciudad, nada se mueve; de la vida, muestra palpable, sólo la dan mi agitación profunda, mi tristeza, mi duelo.

—Oh, día! exclamo apostrofando la claridad que dirige mis pasos hacia mi pobre hogar.— Oh, día! las sombras que han desaparecido valen más que tu sol!

Y resignado, no conforme, entro de nuevo en la noche profunda de la vida real, después de

haber pasado tantas horas entre las claridades de la muerte y los sueños radiantes de la inmortalidad.

Sic transit gloria mundi.

JEFES Y OFICIALES

DEL EJÉRCITO UNIDO, LIBERTADOR DEL PERU,
VENCEDOR EN LA BATALLA DE AYACUCHO (*)

General de División Antonio José de Sucre,
Comandante en Jefe del Ejército Unido.

General de División José de Lamar, Jefe de
la División peruana.

General de Brigada Agustín Gamarra, Jefe
de Estado Mayor General del Ejército Unido.

General de Brigada José María Córdova, Jefe
de una División colombiana.

General de Brigada Jacinto Lara, Jefe de otra
División colombiana.

General de Brigada Guillermo Miller, Jefe
de las caballerías.

Coroneles.—José Laurencio Silva, Lucas Carvajal, Ignacio Luques, José Leal, León Ga-

(*) Esta lista ha sido tomada de una publicación del señor Manuel Landaeta Rosales.

lindo, Salvador Córdova, Mariano Agear, Manuel Martínez de Aparicio, Antonio Elizalde, Marcelino Carreño, Francisco de Paula Otero, José María Plaza, Gregorio Fernández, Antonio Placencia, Juan Pardo de Zela, Antonio Martínez Payares, Arturo Sandes, Federico Rasch, Francisco Burdett O'Connor, Juan O'Brian, Federico D'Cros, Miller Halloves, N. Bruix, Félix Jaskan, Clemente Althau, (ingeniero.)

Comandantes.—Trinidad Morán, Manuel León, Manuel Blanco, José de la Cruz Paredes, Francisco Casanova, Trinidad Portocarrero, Celedonio Medina, Juan Torres, Lorenzo Moyano, Francisco Torres, Florencio Jiménez, h., José María Camácaro, Juan Bautista Arévalo, Antonio de la Guerra, José Belois, José Pietro, Demetrio Díaz, Pedro Alarcón, N. Barrera, Manuel Medina, Miguel Delgado, Francisco de B. Adarraga, Pedro Guasch, Antonio Zornosa, Rafael Cuervo, Agustín Gerardino, Pedro Alcántara Herrán, Antonio Merich, (cirujano mayor) José Roca, Ramón Castilla, N. Luriaga, Domingo Infantas, José Antonio Henríquez, José Raidaga, Pedro Bermúdez, Pedro Blanco, José Ramón González, José María Garzón, Manuel Fuentes, Juan Pedro Luna, Isidro Suárez, Juan de Dios González, José Litardo, Francisco Aguilar, José Olavarría, Francisco Aldao, N. Alegre, Eugenio Garzon, Miguel Benavides, Vicente Tur, Manuel Oliva, Domingo Peláez, Domingo Sánchez, Felipe Braun, Guillermo Fergunsun, Diego Whittle, Tomás Dusbury, Doctor Hugo Blain, (médico cirujano.)

Oficiales subalternos.—José Escolástico Andrade, Juan Garcés, Vicente Moyano, Ramón Escobar, Francisco Moyano, Francisco Paredes, Juan Bautista Rodríguez, Demetro Alfaro, Santos Marquina, José Joaquín Veroes, Simón Pachano, Santiago Mercado, Florentino Dorrónzoro, N. Urquiola, N. Oliva, N. Colmenares, N. Ramírez, N. Gil, N. Infante, N. Silva, N. Suarez, N. Malavé, N. Terán, N. Pérez, N. Paredes, N. Landaeta, N. Miranda, Nicolás Moreno, N. Alcalá, José Muñoz, Domingo Sabino, Pedro Hernández, Ramón Madrid, Pedro de la Peña, José Tejada, Felipe Bravo, Manuel Baquero, Francisco Coquis, José Rodríguez, José Ramón Soto, Lorenzo Sénchez, Juan González, Santos Molina, José María Saens, Francisco Satisabal, Juan Caraballo, Joaquín Dabonza, Pedro Dorrónzoro, José María Tello, José María Blanco, Manuel Bravo, Cecilio Bravo, Anselmo Belloso, Rafael Piña, Luis Villalobos, Andrés Escola, Pablo Avila, Joaquín Villasmil, N. Sevilla, N. Ramonet, N. Córdova, N. Ureña N. Bonilla, Manuel Antonio López, N. Vallarino, N. Otalora, N. Galindo, N. Calles, Jerónimo Troyano, Vicente Granado, José Miro, N. Pasaga, N. Ornás, N. Posadas, N. Montoya, José María Pierahita, N. Ariscum, Francisco J. Quijano, Manuel Taramán, Rafael Grueso, Manuel Ignacio Vivanco, José Allende, José Méndez, N. Isa, Miguel de San Román, N. Alvarado, N. Bernachea, Pablo Asor, José Villar, Juan Castillo, José María Mendoza, José López, Carlos Smith, Henrique Luzón, N. Chabur, N. Frenech.







Microfilmed
SOLINET/ASERL PROJECT
1990-92

